

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII

San José, Costa Rica 1931 Sábado 5 de Diciembre

Núm. 21

Año XIII. No. 565

SUMARIO

El Cimetière marin en español o la infiel fidelidad.
Página alusiva.
El Cementerio marino en español.
Cómo se redime un pueblo.
Auguste Comte y las mujeres.
Ortega y Gasset y la misión de la universidad.

F. Lizaso
Alfonso Reyes
Joaquín Quijano Mantilla
C. Bougle
Andrés Henestrosa

¿Qué hora es?

Urgencia de encender Logueras.
El capital y la competencia.
El Cementerio marino (Trad. de Guillén).
Monopolio de la gasolina y vigilancia.
Sólo te pido.
El Cementerio marino. (Trad. de Brull).
Francisco Mayorga Rivas.

Persiles
B. Sanín Cano
Paul Valéry
Juan del Camino
Max Jiménez
Paul Valéry
Max Jiménez

El Cimetière marin en español, o la infiel fidelidad

—Traducción de Le Mois y envío por F. Lizaso—

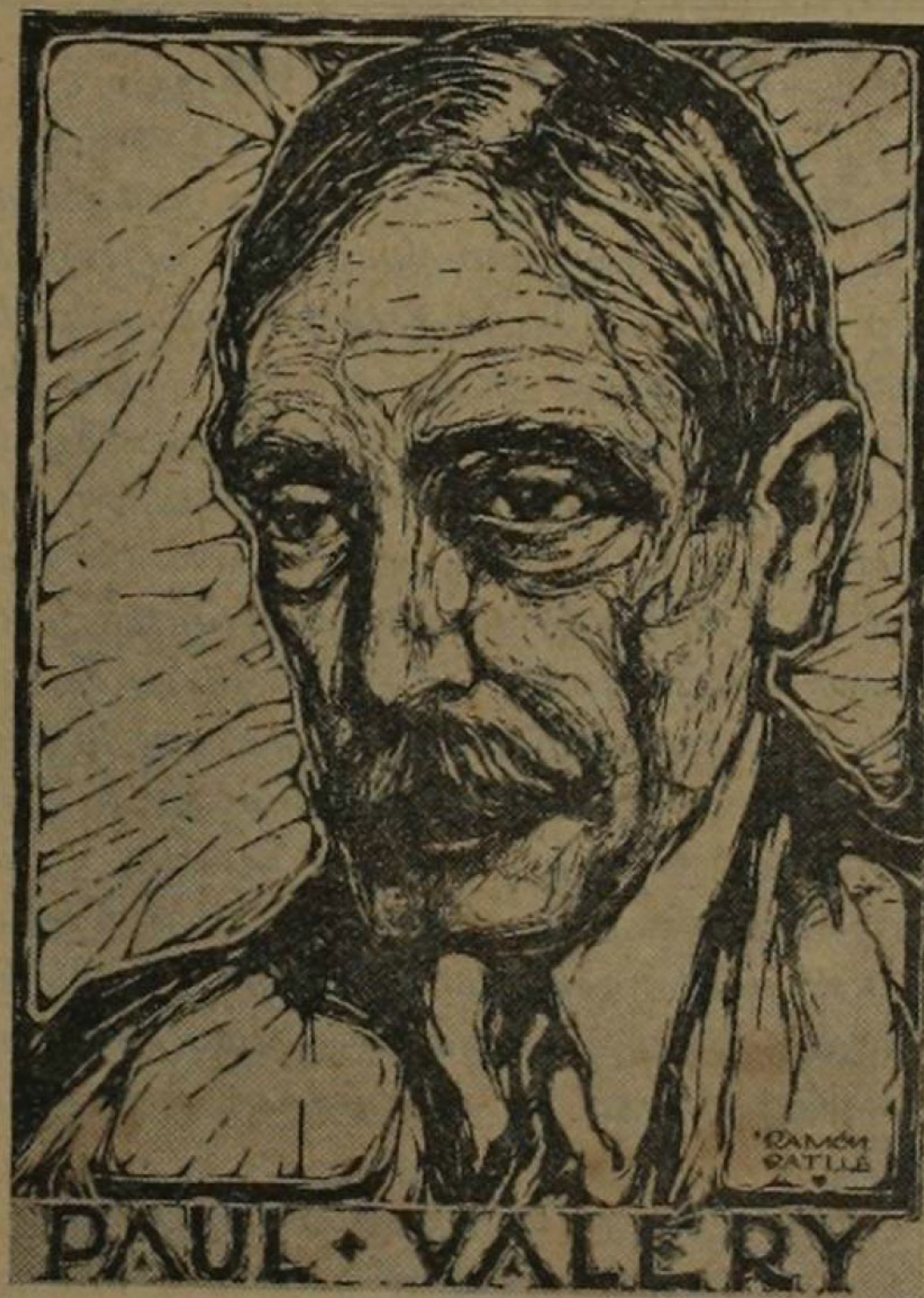
Acaba de publicarse una traducción española del célebre poema de Paul Valéry, *Le Cimetière marin*.

Por mucho tiempo se ha discrepado de opinión sobre los méritos deseables de una traducción.

Generalmente, hasta el siglo XIX, se atribuía bastante poco interés a la fidelidad de una versión. Especialmente el siglo XVIII se dejaba seducir por el encanto de las "bellas infidelidades." Ducis y Delille nos han dejado testimonios fatigantes de este arte que consiste en traducir con una elegancia hipócrita. Traicionaron a Shakespeare o Virgilio, mucho más aún que lo fuera Plutarco por el buen Amyot.

En el siglo XIX, los bruscos progresos de la lingüística comparada y el interés de conocer mejor a los escritores extranjeros, transformaron completamente el punto de vista de los traductores y el del público. Se ha buscado en lo adelante expresar escrupulosamente el sentido del original. Se ha hecho una cuestión de probidad literaria.

Mariano Brull, que, por su traducción del *Cimetière marin*, se clasifica entre los servidores de la exactitud, ha dado de la mayor parte de los versos una traducción casi literal. El poeta traductor no se ha impuesto condiciones de métrica tan rigurosas como el poeta francés. La armonía interior de los versos, ha reemplazado a la inflexible ley de la rima. No es que Mariano Brull renuncie a esa llamada periódica de la sonoridad que marca agradablemente el desenvolvimiento del pensamiento, sino que lo considera como secundario. Por eso se conforma muchas veces con simples asonancias, o aún abandona totalmente esta preocupación. Un francés puede asombrarse de esta libertad. Un español se sorprenderá mucho menos. Un latino, en lo absoluto. El



Dibujo de Ramón Batlle.

Página alusiva

—Envío del autor—

Le Mois—revista "síntesis de la actividad mundial", como reza su subtítulo—ha dedicado un extenso y diestro comentario a la traducción española de *Cimetière marin*, publicada por nuestro compatriota el poeta cubano Mariano Brull.

El articulista revela raro dominio del problema de las traducciones, aunque su concepto de la traducción pura plantea una evidente contradicción. Si, como sostiene, una traducción, por fiel que sea, no podrá jamás ser perfecta, ¿cabe formular la extrema cuestión que nos plantea en el caso de *Cimetière marin*, de este modo tan concreto: "¿la impresión que produce la traducción, es análoga a la que produce el original?" Porque al plantearla así, ya está de hecho contestada previamente en sentido negativo. El articulista nos dará todas las razones que existen para justificar que así sea. Pero lo importante sería determinar hasta qué punto la traducción realizada por Mariano Brull, se acerca al original. En primer término, nos ha dicho que Brull en su traducción

(Pasa a la página 322)

verso francés no es sino una repetición de sílabas muy cercanas de longitud y de acento. . . . Para la mayoría de la gente en Francia, la medida de un alejandrino no se verifica sino por la evaluación numérica de doce pies silábicos. Para el español, se realiza a menudo solamente por la enunciación del verso, marcando el ritmo, del cual la cadencia basta a hacer resaltar la justeza de la medida. Esta es propiamente la metrificación latina. En suma, la igualdad de altura y de duración, que ha venido al fin a generalizarse en las sílabas de la palabra en Francia, asimila un poco el verso francés al martilleo de una sola nota en tanto que en español, menos que en latín evidentemente, pero aun de un modo muy sensible, el verso es ante todo un conjunto de notas altas y bajas, largas y breves, en que los grupos escinden la estructura del verso en elementos armoniosos. De aquí por qué el verso blanco, casi siempre débil en francés, es mucho más admisible en español. Y esto es lo que justifica plenamente el endecasílabo de rima discrecional escogido por Brull para traducir el verso deca-sílabo rimado de Paul Valéry.

Los ciento treinta y dos deca-sílabos de Paul Valéry son traducidos con la mayor minuciosidad en ciento treinta y dos endecasílabos que siguen rigurosamente el sentido del original.

Y queda una cuestión fundamental.

¿Cuál es la impresión de conjunto dada por esta traducción? Mas exactamente, ¿la impresión que produce la traducción es análoga a la que produce el original? De ningún modo. Y esto por muchos motivos. En primer lugar, no olvidemos que una traducción, por fiel que sea, no podrá jamás ser perfecta. Hay para ello una razón esencial: el conjunto de significaciones de una palabra de una

lengua, no corresponden nunca al conjunto de significaciones de una palabra de otra.

Valiéndonos de una imagen de la geometría, el dominio semántico—los sentidos—de una palabra, es comparable a una figura plana de un cierto diseño, de un aire propio, que no se superpone jamás exactamente a la figura correspondiente en el dominio semántico de una palabra de una lengua distinta. Bajo la significación de una palabra, por precisa que nos parezca en un caso dado, se disimulan recuerdos, significaciones anexas, asociaciones de ideas, nociones confusas de derivados o de etimologías posibles, similitudes de sonoridad, homofonías más o menos sugestivas, un sentimiento de frecuencia o de rareza de empleo, reminiscencias sordas de palabras enlazadas, de *cliches* verbales, y es esto sobre todo lo que hace el carácter intraducible de una palabra, dado que este fondo de hábitos psíquicos varía necesariamente de una lengua a otra.

La palabra *compère*, según todos los diccionarios, debe traducirse en español por la palabra *compadre*. Esta indicación es exacta para muchos casos; es inexacta para muchos otros. En el espíritu de un francés se mezcla a la idea de vecinaje familiar expresada por la palabra *compère*, nociones confusas de aldeanidad astuta, de complicidad, hasta de duplicidad socarrona, que faltan totalmente en la palabra española. Acontece que el orador, el escritor, sobre todo el poeta—es el caso de La Fontaine—no emplearon la palabra *compère* sino para despertar estas ideas adventicias, y en este caso el traductor que quiera ser fiel deberá rechazar completamente el equivalente oficial. Las “apariencias de significación” no se llenan casi nunca.

Estas diferencias de elementos subjetivos o de ideas adventicias aparecen tanto más sensibles en materia poética, y sobre todo en un autor tan sutil como Paul Valéry.

Es evidente que, para muchas palabras del vocabulario, hay una comunidad de significados que permite una traducción casi satisfactoria. Es obvio que términos precisos tales como *plateau*, *encrier*, *fenêtre*, encuentran un equivalente aceptable. Lo cual no siempre es exacto. Así la palabra francesa *plateau* puede evocar la idea geográfica de meseta, a la que no se llega, por su traducción, en español, lengua en la que la misma noción geográfica no podrá ser evocada sino por la palabra *mesa* (table) en donde se deriva *meseta*.

Aquí encontramos, si lo permite esta imagen, que las apariencias de evocación no se cubren en lo absoluto.

Estas consideraciones son indispensables para plantear el problema de la traducción poética de una obra de Paul Valéry.

Este poeta ha buscado crear un sistema de expresión que él considera como el lenguaje de una élite. Este lenguaje no se distingue por el uso de palabras raras ni

por los acoplamientos inesperados, procedimientos que hicieron furor en Francia hace cincuenta años. Paul Valéry emplea palabras corrientes para vestir con imágenes intrépidas ideas escogidas. Se vale con audacia de lo concreto para sugerir lo abstracto. De aquí resulta un efecto de imprecisión desconcertante para el lector no habituado, pero que no entraña en lo absoluto la no inteligibilidad.

A favor de estas sugerencias, en este enlace de lo que se ha visto y de lo que se podría pensar, hay una impresión de plenitud que cautiva al lector. El tono elevado, la nobleza de la idea, la pureza de la forma, completan el conjunto de características del *Cimetière marin*, como en otras obras de este poeta.

Esto anotado, veamos en qué forma Mariano Brull presenta su texto.

La lengua española, no obstante su co-

Página alusiva...

(Viene de la primera página)

ha sido un fiel servidor de la exactitud, que aunque ha renunciado a la inflexible ley de la rima, la ha reemplazado con “la armonía interior de los versos”. Ha definido después las características de la poética de Valéry, especialmente su uso audaz de lo concreto para sugerir lo abstracto, resultando su desconcertante efecto de imprecisión, basado en un juego de palabras producto de la lengua, que le permite sugerir los “dos dominios de lo concreto real y de lo abstracto posible”. ¿Por qué misterio semántico de las lenguas, el pensamiento del poeta francés pierde en nitidez, y se prolonga en cambio en significados imprecisos, al traducirse al español?

El articulista nos dice que en la traducción “el pensamiento se mantiene profundo y admirable. Se respira siempre el aire de las cimas, pero no se tiene la impresión de alcanzar las nieves invioladas”. Se ve que el problema se ha planteado en el terreno de la traducción pura, es decir, en un terreno inexistente, negado de antemano. Pero tratándose precisamente del poeta de la poesía pura, ¿qué más puede alcanzarse que conservar en la traducción el pensamiento “profundo y admirable”, y “el aire de las cimas”? Y esas nieves invioladas de la poesía de Valéry, ¿no es precisamente la altura enrarecida, donde ya la poesía se confunde con la metafísica, que ha servido a la crítica para insinuar sus dudas?

La nota prende al final una importante cuestión, que requeriría dilucidarse: en la traducción de Brull asoma Valéry como un neo-gongorino, es decir, algo insospechado en Francia. ¿Podría negarse que haya en Valéry un neo-gongorismo enriquecido por un profundo pensamiento filosófico? La cuestión quizá requiera el diagnóstico de los grandes conocedores de éste y del otro lado, como Alfonso Reyes y Valéry Larbaud.

La Habana. 1931.

F. Lizaso

munidad parcial de origen, se ha desarrollado en un plano totalmente distinto del de la lengua francesa. La influencia árabe, la vida peninsular, la naturaleza del clima, la luminosidad del cielo, tanto como la conquista de América, han hecho de la mentalidad española algo muy distinto de la mentalidad francesa,—suponiendo que alguna vez hubiera habido esa similitud. La lengua española, reflejo de esta mentalidad, contiene elementos afectivos que ella de ningún modo rechaza, como al contrario lo hace el francés, conscientemente o no, cuando busca de preferencia el empleo de palabras intelectuales. Resulta de aquí que el campo de significación de cada palabra no está delimitado con la misma precisión en el español que en el francés. Resulta también que los elementos subjetivos, individuales, líricos, en una palabra, desempeñan en la estimación de los matices verbales un rol mucho más grande que en el francés. Se tiene, en español, el sentimiento constante de posibilidades semánticas nuevas, mientras que el francés pone su orgullo en impedir todo *devenir* de las palabras, o como dice ingenuamente, en “fijar los sentidos” de las palabras.

Ahora bien, dirigiéndose a los franceses, Paul Valéry, que necesariamente se aprovecha de los hábitos semánticos de su país, ha fundado su efecto de contraste, su famoso efecto desde luego desconcertante, sobre la elegancia que consiste en escoger para expresar una idea refinada, una palabra concreta de sugestividad abstracta. El autor de *Cimetière marin* hace descansar en las mismas palabras los dos dominios de lo concreto real y de lo abstracto posible. No cediendo la lengua francesa a cada palabra sino un número de valores relativamente restringidos y precisos, Paul Valéry va en suma al encuentro de las tradiciones al uso de la masa. No es incomprensible, pero rehusa desdeñosamente hacerse comprender por los medios vulgares. Es esto lo que constituye la calidad aristocrática de su obra, calidad que se junta al mismo tiempo tan felizmente a la nobleza de su pensamiento.

En España, donde las palabras conservan la imprecisión, y se mantienen ricas en posibilidades, donde la afectividad mezcla al verbo un lirismo creador, las palabras concretas de Paul Valéry, aun traducidas con toda la exactitud deseable, pierden necesariamente su diseño preciso, su silueta neta, tornándose ricas de toda la emotividad hispánica, y prolongando, en el misterio habitual de los *devenirs* posibles, el pensamiento del poeta francés. Aquí desaparece todo contraste con la poética habitual. El pensamiento se mantiene profundo y admirable. Se respira siempre el aire de las cimas, pero no se tiene la impresión de alcanzar las nieves invioladas. Se está simplemente en presencia de un poeta neo-gongorino, como tal insospechado en su país.

El Cementerio marino en español

=De Monterrey, Río de Janeiro,=

LA *Revista de Occidente* (Madrid, junio de 1929) publica una traducción del *Cementerio Marino*, de PAUL VALÉRY, hecha por el poeta español JORGE GUILLÉN, acompañada del texto original. En París, octubre de 1930, aparece, en folleto aparte, otra traducción del propio poema firmada por el poeta cubano MARIANO BRULL, también acompañada del texto francés. Entre los tres poetas hubo un cambio previo de impresiones y autorizaciones que forma por sí solo un precioso capítulo de la cortesía, tomando la palabra en sus dos sentidos: el antiguo, el erudito ("Moró mucho en Lombardía Para aprender cortesía", dice el poemita del siglo XIII), y el sentido moderno, el mundano, que todos conocen y unos cuantos practican. Esto, junto al singular atractivo que todo problema de traducción ejerce sobre la mente literaria, nos decide a alzar un poco el velo, sin llegar a la indiscreción.

1.—Oxford, 5 de julio de 1930. JORGE GUILLÉN ha recibido una invitación de la ALA para publicar su traducción en volumen aparte, acompañada del poema original; y solicita, a través de un amigo común, a fin de no importunar a P. V., el permiso para la reproducción, y asimismo todos los reparos y observaciones que P. V. y el "tercero en concordia" quieran proponerle, con objeto de mejorar si es posible su traducción.

(Bueno es saber que la ALA—Agrupación de Amigos del Libro de Arte—inspirada por EUGENIO D'ORS y dirigida en París por la señorita ADELIA DE ACEVEDO, ha publicado ya, bajo los cuidados de LÉON PICHON, artista de libros, en lindas ediciones de estuche, ejemplares numerados y con el nombre de cada suscriptor, las siguientes obras:

I.—DON PEDRÓ CALDERÓN DE LA BARCA, *La mojiganga de la muerte* (texto de A. VALBUENA PRAT, prefacio de AZORÍN, apéndice de J. B. TREND, dibujos de MAXIME DETHOMAS y grabados al boj de LÉON PICHON), 1927.

II.—EUGENIO D'ORS, *La vie breve, almanach* (traducción al francés de JEAN CASSOU, litografías de MARIANO ANDREU), 1927.

III.—JOSÉ HERNÁNDEZ, *Los consejos del viejo Vizcacha y de Martín Fierro a sus hijos* (prefacio de EUGENIO D'ORS, grabado en cobre de HÉCTOR BASALDÚA), 1928.

IV.—JULES SUPERVIELLE, *Trois mythes* (al frontis, grabado en madera de PIERRE FALKÉ), 1929.

V.—DON ÁNGEL DE SAAVEDRA, Duque de Rivas, *Las poesías* (ed. facsímil de la de Cádiz, 1814; prólogo de N. J. DE LIÑÁN Y HEREDIA y cuatro mesa-revuellos de ADELIA DE ACEVEDO), 1930.

ADELIA DE ACEVEDO, en artículo publicado por *L'Amérique Latine* (París, 2 de abril de 1928) ha descrito el carácter y propósitos de la Asociación. Tal empresa de bibliófilos, explica, es "nueva entre los aficionados de lengua española.")

J. G. consideró conveniente valerse de

un intermediario de la confianza de ambos, para pesar lo menos posible en el ánimo de P. V., para dejarlo todavía en mayor libertad; para no ser *facheux*, dice él. "La aridez de Castilla — comenta — no produce ningún tipo de insistencia *fâcheuse*. ¡Mantengamos el honor de la Península Ibérica!"

2.—Veinte días después, J. G., siempre en Oxford, escribe estas líneas, lección de probidad literaria y de la otra, donde expone una interesante teoría de la traducción:

"¡Cuánto celebro de veras que M. B. publique su traducción de *Le cimetière marin*! Dícelo en seguida, y dame su dirección, porque quiero y debo escribirle. No puedo esperar al otoño. Voy a rogarle que me envíe su manuscrito, porque me interesa mucho *Le cimetière marin*, y me interesa mucho en M. B. Y como yo no soy un traductor oficial ni exclusivo—personaje que sería absurdo—toda interpretación valiosa, como es seguramente la del poeta cubano, me importa en sí misma, y en relación con lo que yo intenté tú sabes cómo: a título de ensayo para resolver un problema objetivo. Sí: hay que encontrar la serie de equivalencias que objetivamente necesita y exige un texto dado. El ideal sería una colaboración de intérpretes, cada uno con su hallazgo y su fortuna. Es posible que cada traducción requiriese el criterio unificador de uno solo, para conseguir cierta unidad de estilo: el estilo de la obra transformada. Pero de eso se trataría: de unificar las aportaciones individuales. Y es seguro, absolutamente seguro, que cada traductor valioso—es el caso de M. B.—posee siempre su serie de soluciones superiores a todas las demás.—Por eso te suplico encarecidamente que me digas, no sólo los reparos—los augustos reparos—de P. V., sino los tuyos propios, ya que no puedo encargarte la traducción completa, que es el tesoro que va a regalarnos M. B.—Y llegó al segundo de los ruegos que a nuestro amigo dirigiré en cuanto me envíes su dirección. Yo quisiera pedirle permiso para incorporar a la versión mía algunas de las soluciones tuyas, objetivamente superiores, y que puedan trasladarse sin perjuicio de la unidad del estilo. Esto es lo que ignoro: cuál es el sistema o escala que B. ha seguido (Los versos aconsonantados, por ejemplo, entorpecerían mucho las aproximaciones).—Claro que no pienso sino en muy pocos aprovechamientos, muy precisos y muy justificados. Y que no dejaré de proclamar la deuda: deuda-homenaje."

(Ambos traductores, usando el endecasílabo del original, mucho más flexible en nuestra lengua que en la francesa, abandonaron toda preocupación de rima perfecta o imperfecta, y sólo conservaron el grupo estrófico de seis versos como en el original).

"De todos modos — continúa J. G.—si esta vez, por circunstancias especiales, no pusiera en práctica mi teoría de la traducción, a lo menos el intento me habrá servido para definir de una manera absolutamente límpida la posición del *Cementerio Marino*-1929 respecto al anunciado para 1930. ¡Ojalá vinieran otros! Entonces sí que, dentro de veinte años, publicaría yo una edición estupenda del *Cementerio* español, satisfaciendo a la vez mis mejores y mis peores vicios poéticos y eruditos. ¡Qué edición crítica, que conjunto de variantes, y qué perfidia de araña agazapada en su tela, y qué *veinte años después*!"

(Aquí ocurre preguntar lo que un curioso podrá hacer mañana con el *Poema del Cid*, sobre el cual van cayendo ya diversos estratos de vulgarización literaria—sea traducción, sea narración—fundados todos en los basamentos incommovibles que asentó, en ediciones y estudios, el maestro MENÉNDEZ PIDAL: la prosificación en la Colección Universal de Calpe, la edicioncita manual de Calleja que arregló Díez-CANEADO, la paráfrasis en verso moderno de PEDRO SALINAS, la traducción en prosa portuguesa de ALFONSO LOPES VIEIRA, y hasta el libre relato del chileno VICENTE HUIDOBRO, quien intentó para el héroe castellano algo semejante a lo que ha hecho DELTEIL con Juana de Arco. El estudio puede resultar interesante. Ya, a la sola lectura del tomito de Calpe, AZORÍN confesaba que el obstáculo de la lengua arcaica le había impedido hasta entonces paladear el mero sabor estético del cantar, el cual—en la prosificación moderna—cobraba para él un nuevo gusto de drama romántico a lo Víctor Hugo).

3.—Entretanto, M. B. se ocupa ya en la impresión de su paráfrasis. Esta paráfrasis fue comenzada en París, hace más de tres años, y llegó entonces hasta la estrofa 10. Poco satisfecho, M. B. interrumpió el trabajo y dejó dormir los papeles. Más tarde, trasladado a Suiza, volvió sobre ellos y le parecieron aprovechables. Lo consultó con amigos y—como prudente—oyó consejo. Siguió en el empeño. Al aparecer en la *Revista de Occidente* la traducción de J. G., ya M. B. andaba al fin de la suya, y aplazó la lectura de la ajena, para no dejarse influenciar, hasta no dar término a la propia. Entonces piensa en publicarla, y sobreviene el cambio de cartas que aquí no hacemos más que espumar. Un día, estando en Berna, y ya con las pruebas de imprenta a la vista, escribe así:

"Lo que me inquieta siempre de toda traducción son sus posibilidades casi infinitas de mejora. Seguramente cuando ya esté esto impreso se me ocurrirán nuevas soluciones." Y luego, refiriéndose a J. G.: "Su entusiasmo y su cordialidad para con mi traducción—sin conocerla—me han emocionado. Desde luego, yo estoy dispuesto de todo corazón a corresponder a sus deseos, hasta donde sea posible en las mismas condiciones que él propone." Y des-

pues entra en sutiles distingos sobre la unidad de *tono* y la unidad de *estilo*, más importante todavía aquella que ésta según el parecer de M. B., pues teme que el empeño heroico de objetividad sacrifique algo del tono lírico que, a su ver, es el punto que más debe cuidarse en la versión del *Cementerio*. Y, para aclarar sus ideas, trae el ejemplo de la *Glosa de mi tierra*, traducida al francés por ARMANDO GODOY (*Le Manuscrit Autographe*, París, marzo-abril de 1930), y también por MATHILDE POMÉS. "Por ejemplo: — dice — "De la tremblante corolle" es algo débil. Ya sé la dificultad del "tremulento." No importa, invéntese un neologismo. — "Je goûte en toi" ¿estará bien por, "Apurando estoy en ti"? Me agradaría más, en vez de un verbo abstracto y subjetivo, como *goûter*, uno de acción más específica y concreta.—De todos modos, esas observaciones que yo le hago son pequeñeces."

(La verdad es que la traductora a quien estas observaciones se dirigían encontró exactamente lo que convenía para "Apurando estoy en ti. Cuánto la música yerra": "J'épuise en toi tout ce que La musique n'atteint pas." GODOY, en una paráfrasis más libre, había dicho: "J'aspire en toi, net et court Le long musical mystère.")

Finalmente, M. B. habla de las incitaciones de sus amigos para que "tome plaza de forzado en la galera de la *Jeune Parque*." Estas incitaciones, por lo visto, han dado a esta hora un resultado feliz, puesto que la *Revue de Littérature Comparée*, de BALDENSBERGER y HAZARD (París, enero-marzo de 1931) publica ya un primer fragmento de la traducción de la *Joven Parca*, por M. B.

4.—La publicación de la ALA todavía no es un hecho consumado, y todavía nos falta ver hasta qué punto J. G. logra poner en práctica su tema de la traducción, aprovechando—como él dice—algunas de las soluciones de M. B. Cuando llegue el día, habrá que comparar el texto de la *Revista de Occidente* con el de M. B. y ambos con el de la ALA. Entretanto, podemos comparar por lo menos el texto de M. B. consigo mismo, si no en todas las sucesivas fases del trabajo, siquiera en las últimas y más expresivas. El traductor tuvo que proponerse varios problemas, dejando aparte los mil puntos de "cocina tipográfica" que es necesario resolver en este género de publicaciones bilingües. Escojamos algunos, designando con número romano la estrofa y con número arábigo el verso dentro de la estrofa:

III, 2.—*Masse de calme, et visible réserve*. El traductor se propone tres versiones:

Masa de calma y visible reserva,
Masa de calma, visible reserva,
Masa de calma y visual reserva.

Y su elección está indecisa. Más exactas las dos primeras—dice,—pero débiles

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:
10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

en el acento de la sexta sílaba. ¡Todavía el temor de mezclar los dos endecasílabos a pesar de RUBÉN DARÍO y de las investigaciones métricas de PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA! El traductor prefiere el escollo—mejor dicho: salta sobre él, ni siquiera lo advierte ni pone la *u* con diéresis—de disolver el diptongo y partir en tres sílabas el bisílabo: *vi-sual*; y opta por la tercera postura. La cual, "por tener la acentuación algo más firme, entraba mejor en el tono y conjunto de la estrofa. No creo que altere le idea. Después de todo las cosas son *visibles* en función y medida del poder *visual*; o de otro modo, el poder visual es el que sirve de norma para establecer la categoría de lo visible. Una "visual reserva" y una "visible reserva", por un fenómeno de metonimia mental, pueden tomarse la una por la otra; son conceptos correlativos que, en cierto orden de razonamiento poético, se convienen entre sí. Esto no quiere decir que sean equivalentes ideológica y objetivamente considerados. En resumen, que este verso es una fatalidad. Yo, parodiando a MACHADO, diría: "Que las olas me lleven, que las olas me traigan, Pero que no me pongan este verso a elegir." Ante el "trilema", quizá habría que inclinarse del lado de la exactitud. Le doy carta blanca para que escoja lo que más rabia le dé,—como dicen los chicos de mi tierra." (Y todo el mundo lo dice familiarmente en España, caro MARIANO). — El amigo desconocido a quien estas palabras se dirigen prefirió la tercera forma que, en el fondo, era también la preferida del traductor. Recordemos que J. G. había optado por la primera. Y añadamos de una vez que el amigo desconocido hizo algunas excelentes advertencias sobre la puntuación de los versos.

III, 3/4—*Oeil qui gardes en toi Tant de sommeil* . . . —"¿Ojo que guardas", o bien: "Ojo que guarda"? Preguntado el traductor sobre este extremo, contesta: "Con intención puse *guarda*, tercera persona, para hacer el concepto mas abstracto e indirecto". Y luego, *cum grano salis*: "Por otra parte, me pareció una falta de respeto tutear a un ojo tan imponente y severo." Sin embargo, optó al cabo por la segunda persona, lo mismo que J. G.

X, 3/4—*Ce lieu me plait, dominé de flambeaux, Composé d'or, de pierre et d'arores sombres, Oú tant de marbre est*

tremblant sur tant d'ombres. — Comencemos:—

Me place este lugar que teas dominan.

¡Alto! "Yo he ensayado las teas que Ud. sugiere, y no me convencen; prefiero las antorchas." Así:

Me place este lugar — reino de antorchas—

De oros y piedras y árboles sombríos,
De mármol, sobre tantas sombras,
trémulo.

Pero ocurre que estos oros y piedras en plural, aunque "dan un verso de temple más fino", quitan la calidad abstracta a los conceptos del original. El oro, por ejemplo, es el oro—en singular—del sol. El verso, pues, debe quedar así:

De oro, de piedra y árboles sombríos

¿Y el siguiente? ¿Acaso conviniera poner, variando el giro: "*Y mármol*", en vez de: "*De mármol*"? No: "prefiero *De*, porque da una apoyatura más rotunda, y da más claro énfasis." J. G. dice:

Me place este lugar, ¡ah, bajo antorchas,

Oros y piedras, árboles sombríos,
Trémulo mármol bajo tantas sombras!

XI, 2.—*Quand solitaire au sourire de pâtre*. "De este verso tengo tres versiones:

Si solo, y con sonrisa de pastor

Si con sonrisa de pastor, y solo

Si con sonrisa de pastor, yo solo

La segunda y tercera versión me parecen las mejores. Mi elección recayó al principio sobre la tercera, porque, aparte de que la introducción del *yo* hacía más directo y enfático el concepto, el verso ligaba muy bien con el siguiente." No obstante esto, optó por la segunda, por las mismas razones que se le presentaron después: porque "parece que el *solitaire* del verso francés quedaría mejor expresado ligándolo a la "sonrisa de pastor", puesto que son las dos condiciones o circunstancias en que el poeta se encuentra cuando hace "pacer carneros misteriosos", como dice el verso siguiente."—J. G. dijo:

Cuando, sonrisa de pastor, yo solo,

XI, 5/6.—*Éloignes-en les prudents colombes, Les songes vains, les anges curieux*.

Aléjame las tímidas palomas,
Vanos sueños, los ángeles curiosos.

Sabemos a ciencia cierta que al espíritu del traductor se presentó esta duda: "Vanos sueños, así, sin artículo, parece aposición a "ángeles curiosos". Para el sentido, sería acaso mejor decir: "Y vanos sueños, y ángeles curiosos."—¡Lástima que M. B. no se haya detenido en este reparo!—J. G. dijo, sin ningún temor a descoyuntar el endecasílabo:

Aléjame las prudentes palomas,
los sueños vanos, los curiosos ángeles.

XXI, 5/6. — *Ah! le Soleil! . . . Quelle ombre de tortue Pour l'âme, Achille immobile a grands pas!*—“Esta estrofa me ha dado mucho trabajo, sobre todo sus dos últimos versos, en que hay un doble juego de antítesis formal y de paradoja construida sobre el sofisma de Zénon, densamente enlazado todo. Mi primera versión fue ésta:

¡Oh sol! . . . ¡Qué sombra - en mi alma
- de tortuga,
Aquiles sin moverse a grandes pasos.

Después encontré la versión actual, más sencilla y aproximada que la otra:

¡Qué sombra de tortuga sobre el alma
—¡oh sol!—Aquiles en carrera, inmóvil!”

J. G. dice:

¡Oh sol! oh sol!... ¡Qué sombra de tortuga
Para el alma: si en marcha Aquiles,
quieta!

Me permito sugerir a ambos traductores esta otra solución, para buscar más fluidez y más aire castellano al verso:

¡Oh sol Qué sombra de tortuga para
El Aquiles del alma, raudo y quieto!

XXIV, 3.—*La vague en poudre ose jaillir des rocs!*—Primera version:

La ola en polvo fermenta entre rocas.

“Pero sucede que *frementa*, a pesar de la idea del hervor es poco menos que antitético de “ose jaillir”) por lo que tiene de impuro la fermentación, y lo que hay de excelsior en “ose jaillir”, y en el aliento de toda la estrofa. Habría que reformar este verso, acercándolo más al original, y reproduciendo la idea de ascensión, de brote, de liberación, de rebeldía enérgica”. El traductor contemplaba tímidamente “tres versiones medrosas”. Y pasó que, “por la culpa de algún mal diablo entrometido, dejé la peor. He rechazado las que ensayé con el verbo “osar”, porque traen tufillo de galicismo.” Pensó, pues, en sustituir “fermenta” por “salta”, y al fin dejó así el verso definitivo:

La ola en polvo irrumpe entre las rocas.

Donde J. G. puso:

Con la roca se atreve la ola en polvo.

Y basta por ahora. Dejemos algo al futuro compilador de los *Mélanges*.—VALÉRY. Y conservemos, de esta elegante rectificación al *Genus irritabile vatum*; el recuerdo de la teoría sobre la traducción colectiva, de GUILLÉN. — Esta teoría es fecunda, ciertamente. Así trabajaba ALFONSO el Sabio. Así se hicieron las cate-drales.

NOTA.—Cuando este número de MONTERREY entra en cajas, recibo el segundo texto de la traducción de JORGE GUILLÉN publicada espléndidamente por la ALA. De una rápida confrontación, resulta: 1º que

GUILLÉN no puso en práctica su teoría de la traducción colectiva, sino que siguió su investigación personal; 2º que de los 144 versos del poema, tales como aparecieron en la primera traducción de GUILLÉN (*Revista de Occidente*, junio de 1929) 24 han sido retocados, en sentido de mejorarlos y acercarlos más al original. Faltaría ahora comparar el mérito relativo del texto BRULL y del segundo texto GUILLÉN, pero ése no es el objeto de esta nota. Al que tal comparación se proponga, le recomiendo que comience por leer cada texto sin tener a la vista el original francés, y como debe leerse un poema nuevo: en sí mismo, y no en relación con algo ajeno. Después de esta apreciación estética, hágase la otra: la científica — digámoslo así—la del valor de un poema en cuanto es traducción de otro poema. Sumando los dos resultados—

Alfonso Reyes

Cómo se redime un pueblo

=Conferencia de Quijano Mantilla en el Gimnasio Moderno de Bogotá=

Ante todo debo decirles que soy un gimnasiano convencido.

Mis hijos recibieron en este plantel las primeras nociones de educación. El mayor de ellos, Joaquín a quien bautizáisteis en vuestro argot estudiantil el Matapiojo, convivió con vosotros cinco años, y Jaime, a quien llamábais el Quijote, estuvo con vosotros tres años. Y ellos no han dejado de ser gimnasianos. El doctor Nieto Caballero lo pudo comprobar en Berlín, en donde fueron sus compañeros en todos los planteles de educación que él visitó. En la isla de Tegel, en donde está la república infantil, un niño le preguntó a Joaquín:

—Es verdad que este señor tan joven era tu profesor en Colombia?

—Sí, le respondió mi hijo; y también es el fundador del instituto en donde yo estudiaba allá.

—Me entusiasma la idea de ir a Colombia, le dijo el niño. Allá los profesores son como los he soñado yo.

Y para que un muchacho alemán diga estas cosas, se necesita que una profunda simpatía le haya hecho desplegar los labios; porque el niño alemán, ni discute, ni califica, ni juzga a sus profesores. El los acepta, como acepta la vida, con sus penalidades y sus placeres.

En mi hogar la evocación del gimnasio es constante. Aun he tenido ocasiones de conmovirme con su recuerdo cuando menos lo esperaba.

Un día, en el ferrocarril, en Nolendorfplatz, íbamos con mis hijos a pasar el día en los lagos de Grunewald. De pronto, oímos un grito que salía de otro tren en marcha. Era un grito en español, que hizo vibrar nuestros corazones.

—¡Adiós, Quijote! gritó un niño.

—Adiós, Gambeta, le respondió mi hijo, como queriendo detener el tren con sus manos tendidas en saludos.

o mejor dicho: componiéndolos—se verá la dificultad de preferir, y esta sabrosa indecisión ha de ser un deleite más: gustaremos de dos cosas en vez de una.

OTRA NOTA:—La traducción francesa de la *Ana Livia Plurabelle*, de JAMES JOYCE (*La Nouvelle Revue Française*, mayo de 1931) ha sido hecha por SAMUEL BECKETT, ALFREDO PERRON, IVAN GOLL, EUGÈNE JOLAS, PAUL L. LÉON, ADRIENNE MONNIER y PHILIPPÉ SOUPART, con la colaboración del propio autor. He aquí un ejemplo de traducción colectiva tal como la había soñado JORGE GUILLÉN. Verdad es que la obra de JOYCE — digan lo que quieran los supersticiosos de la literatura — se prestaba muchísimo más al “juego de sociedad” entre varios, que el poema de VALÉRY.

Era otro gimnasiano que pasaba por Berlín con rumbo a su colegio de Suiza. Aquellos gritos en medio de ese hormiguero humano, me parecieron el más bello himno de eternidad al Gimnasio.

Mi lectura de hoy tiene cierto aspecto de seriedad. Bien podéis pensar vosotros cómo me costará de trabajo, ya que mi vida ha sido siempre un mixolidio, como diría un contemporáneo de Mosco de Siracusa, o un bambuco tolimense, como lo he pensado yo, en las horas de invierno europeo, cuando la nieve roza mis ventanas y mi espíritu se desentume al recuerdo de la patria lajana.

Pero el momento actual es demasiado serio. No es que seamos nosotros la excepción de la regla, sino que la humanidad va como las hormigas, en persecución de una nueva vida. Hay, por decirlo así, una dislocación de todas las leyes que la regulan. Han quebrado al parecer todos los factores que se creyó en un tiempo harían su felicidad.

Y como mis ojos se han hecho a mirar, no ya los individuos, sino también las agrupaciones humanas, y como mi vida ajena a toda pauta, me deja el campo libre para juzgar a mi antojo, os diré lo que he pensado al pasar por esas tierras lejanas, en donde hay una humanidad más vieja que nosotros, quizá de más abolengo, pero no por eso menos necesitada de consejos, ni más digna de imitación.

Voy a hablaros de la Rusia soviética y del Estado Libre de Irlanda.

Pudiera hablaros de mil cosas, ya que mis ojos al decir de Enrique Santos, son fotográficos, y que mi memoria es como una cinta cinematográfica, pero me ceñiré a los dos pueblos en donde he notado mayores medios de observación, y más justos motivos de estudio.

No entraré a calificar la razón o la sin-

razón del estado actual del primero de estos pueblos.

Sobre él se ha escrito ya tanto, que la humanidad tiene su juicio hecho. Quiero hablaros únicamente de mi visión personal de Rusia.

Cuando me encontré en Moscú, después de varias horas de vuelo desde Berlín, mi primera impresión fue la de un hombre que llega a un convento.

No sé por qué Moscú me pareció como un monasterio.

La noche de mi llegada vagué en vano buscando un lugar de diversión. Al día siguiente, la señorita que atendía mis llamadas en el hotel, me instruyó de ciertos deberes que tenía como extranjero, porque el estado ruso no fomenta la holgazanería. Debía rendir una jornada, y esta podía ser de observación o de estudio en cualquier cosa.

En vano indagué por saber cosas relativas a León Tolstoy. A las gentes que les pregunté, me respondían con cierto gesto despectivo.

Como a la una de la tarde del siguiente día se me dijo que el señor Stalin estaría visible a las dos de la tarde en la plaza roja, presenciando el desfile de diez mil jóvenes que iban a iniciarse en estudios superiores.

Nunca he visto desfile más bello, ni actitudes más plácidas.

En los ojos de esos niños no se adivinaba una miraba aviesa ni un guiño de malicia. Era una candidez ayuna de disciplina, un fruto sano de la naturaleza, en el cual parecía no haber intervenido la mano de nadie.

De pronto vi que el señor Stalin se acercó al desfile y sacó a un joven de tipo aquilino, que se dejó conducir sin ninguna extrañeza. Le tomó por el cuello con suavidad y le mantuvo a su lado mientras terminó el desfile.

Cuando pasó el último grupo, le dijo algo al oído sonriéndole paternalmente y lo hizo marchar atrás de sus compañeros.

El guía que me informaba me dijo:

—El camarada Stalin le ha dicho que lo ha colocado ahí, porque iba pisando a su compañero y que talvez sea porque tiene las piernas más largas que los otros. Que ahí va bien.

Así se corrige a los niños en Rusia.

Ellos son como la religión de ese pueblo. Y no es que la influencia oficial lo imponga; es la convicción de todos, el anhelo de la mayoría, la única preocupación. Los trenes de instrucción no llevan en sus vagones sino objetos que tienen por fin le recreación del niño.

Pero frente a esta bellísima forma de la nueva humanidad, está otra manifestación que me causó asombro pero que me hizo sentir como humillado.

Es el estado poderoso, el estado que impone las normas, regula todo, y se encarga del individuo como su único amo y señor. La voluntad individual desapareció por completo. El maquinismo, que el conde Keyserling considera como el factor de la ruina de la cultura, invade a Rusia.

Los esqueletos de las grúas pederosas que se alzan en los puertos, nos dan una impresión repulsiva.

El plan quinquenal es a mi modo de ver, un gesto despótico del poderío de los proletarios. Pensaba yo que conspirarían ellos contra la velocidad, y que darían a los pueblos una especie de reposo patriarcal. Todo lo contrario. Jamás he visto monstruos mecánicos más grandes, ni actividad fabril más intensa.

La central hidroeléctrica de Tiflis, la del Dnieper, con sus ochocientos mil caballos de fuerza, las construcciones de Armeniquen, las poderosas locomotoras eléctricas que lo llevan a uno a Bakú, todo da la idea de una concepción ciclópea. Fuerza y voluntad, ánimo en las gentes, obediencia y esperanza por doquiera. Porque todo ruso tiene la idea de que labora por su futuro bienestar, y por eso, cuando en las ciudades populosas tropiezan dos individuos en las calles, lejos de indignarse prorrumpen a la vez en esta excusa:

—Que sea todo por Rusia.

Y por Rusia ve uno a los hombres más eminentes de la ciencia, de las artes y de la literatura, rendir jornadas extraordinarias en sus estudios; por Rusia se internan los marinos en los hielos polares a cubrirse de gloria; por Rusia talan los inmensos bosques del confín de Asia y de Siberia, por sobre los cuales pasó el Graff Zeppelin, volando a razón de cien kilómetros durante cuarenta y dos horas; y por Rusia, en fin, van cantando los muchachos y las muchachas, a segar el trigo maduro, que ha de servirles para inundar los mercados mundiales, para darle muerte al capitalismo.

Y el alma de todo aquel movimiento es un hombre que nunca habla en serio, que pasó diez y seis años de su juventud en un seminario de Tiflis, y que vive con su madre y su familia, como el más humilde de los campesinos rusos, vanagloriándose siempre de no haber conocido ningún país extraño.

La virilidad se ha impuesto; las botas altas predominan. Allí puede uno pensar en que su libertad corre peligro, pero también se da cuenta de que existe una inflexible voluntad que va en marcha hacia la realización de un ideal. En Rusia nadie puede levantarse en pantuflas.

Y sin embargo, a mi no me dio Rusia la impresión de un pueblo que se redime del despotismo. Cuando visité Leningrado, una señorita inglesa inquirió mi parecer acerca de todo lo que veíamos, y yo le respondí:

—Es un gran esfuerzo hecho realidad, pero no me puedo extasiar ante el porvenir, porque pienso que así como Pedro el Grande hizo de una cantinera una emperatriz, y formó un imperio colosal, nada de extraño tendría que mañana el hijo del humilde zapatero de Tiflis se corone Zar del proletariado, y se llame Stalin primero, y que su hija, por razones de estado venga a ser la esposa del príncipe de Gales,

que hasta hoy no ha podido encontrar mujer.

La inglesa hizo un gesto de repulsión, y yo seguí mi camino pensando en si podría resultar profeta.

Y entro ahora a hablaros de Irlanda.

¿Cómo fui yo a dar en mis andanzas inconformes hasta la tumba del alcalde de Cork? Me guió un sano egoísmo.

Cuando llegué a Berlín, un día, al visitar las enormes fábricas de la casa Siemens, vi un centenar de hombres metidos en un dinamo.

—Son, me dijo el jefe, los generadores para la central hidroeléctrica del Shannon. Irlanda va a acometer la obra de mayor aliento que haya en el mundo a base de aguas represadas.

Pensé en el acto en nuestras lagunas de Fúquene, Tota y la Cocha, que guardan en sus aguas todo nuestro porvenir hidráulico, y me dispuse a buscar un argumento que me sirviera para defenderlas de las gentes que han querido siempre que se les deje en seco.

Resuelto mi viaje, invité al doctor Rafael Trujillo Gómez para tener un testigo que pudiera trabajar en Colombia en favor de nuestras lagunas.

Irlanda había sido siempre para mí el país de las leyendas de ferocidad anárquica y de rebeldías.

Sus tribunos me entusiasmaban. Su lucha por la libertad me llenaba de respeto.

Cuando penetramos en el estado libre, después de recorrer los condados ingleses en donde el tradicionalismo conserva hasta los más arcaicos sistemas de construcción, principié a ver algo que me llenó de entusiasmo.

Me sentía en Colombia. Para ir a Dublín tuvimos que hacer dos trasbordos como se hacía antes entre Gualanday y Bogotá. Los conductores de los trenes discuten con los pasajeros sobre asuntos políticos.

Al llegar a Quilaloe, un alto empleado que había notado mi entusiasmo me dijo al ver que en la plaza pública había dos hombres derribando un árbol, mientras más de cincuenta desocupados fumaban comentando el motivo que había tenido la municipalidad para ordenar esa demolición.

—¿Y esto también se acostumbra en su país?

—También, le respondí. Allí trabajan unos pocos y la mayoría critica, como creo que lo hacen aquí. Estamos tarados de las mismas dolencias. Y si vosotros lo queréis comprobar, basta con andar un poco por las calles de los pueblos en donde las comadres rumian sus enredos, y las bestias de trabajo andan ramoneando las yerbas que apuntan en los barrancos.

Pero en medio de estas cosas que así hacen volar nuestra mente hacia la patria lejana, paisajes de verdura inimitable que nos arrancan una exclamación a cada vuelta del camino, suavidad de montañas que no pasan de cien metros de altura, lagos,

lagos encantadores que en sus orillas retratan viejos castillos demolidos por los cañones de las guerras pasadas y árboles que dan la idea al colombiano de que está en las orillas del río Bogotá, en la hacienda de La Ramada, en la de Quito o en Samaria.

Cuando llegué en mi primer viaje, Irlanda era un inmenso cementerio. No se caminaba por una calle, no se iba a lo largo de algún camino, sin tropezar con ruinas de edificios incendiados, con cruces y más cruces, que delataban el lugar en donde se había sacrificado algún irlandés en aras de sus convicciones políticas. Ni una cerca en las propiedades rurales, ni un animal en las dehesas. Todo había sido arrasado por el huracán revolucionario. Las gentes no se mostraban comunicativas sino con los extraños, y en las iglesias, los fieles parecían más bien increpar a los cielos por sus desventuras, que darle gracias a Dios por sus beneficios.

Pero de ese caos surgió un hombre que, tuvo la visión del porvenir y que abdicando de todos sus prejuicios se puso a la cabeza de los pocos irlandeses que pensaban en que Irlanda podía salvarse.

Lo más granado de la juventud irlandesa había caído en la lucha, o purgaba en las cárceles su amor a la libertad.

Los partidarios de Edmundo de Valera se obstinaban en la libertad absoluta y no daban oídos a Inglaterra que les llamaba a la cordura. Semejaban nuevos Jantos de aquellos que lucharon contra los ejércitos de Bruto y Casio, que no pudiendo sucumbir en la batalla, se arrojaban de lo alto de las murallas y de los techos de las casas para no sobrevivir a la derrota.

Era un enloquecimiento que amenazaba terminar con la patria. Pero Cosgrave, el sofronio, como decían los griegos de sus grandes varones, estaba al frente de la más valerosa reacción. Rompió con el parlamento, se separó de sus compañeros de lucha, proclamando el armisticio con Inglaterra, porque al contrario de Edmundo de Valera él pensaba que los hombres no tienen derecho sino para disponer del presente de los pueblos.

Hecha la paz, Irlanda quedó en la mayor postración económica que país alguno haya quedado en el mundo.

Entonces desapareció el Cosgrave guerrillero y surgió el reformador.

No podéis imaginar vosotros sus torturas frente al fanatismo político de sus compatriotas, y al odio de quienes le veían salir triunfante en su resolución. Pero nada le arredraba, y se le llamó traidor, se atentó contra su vida. En silencio apuró sus dolores, y cuando se mostraba en público, nunca dejó traslucir en sus gestos uno solo de sus pensamientos.

En las paredes de los poblados, en las ruinas de los edificios devorados por los incendios y cubiertos de metralla, se pueden leer aún las maldiciones contra el hombre que los valeristas apellidaban traidor.

Cosgrave no hacía caso de esas maldiciones y aun hoy mismo, se opone a que sus admiradores las borren.

¿Y sabéis cuál fue su obra? Él no pensó en reconstruir su país a un tiempo. No cometió el error de nuestros congresos de acometer de un golpe todas las obras de progreso, para dejarlas como las nuestras a merced de la cruel devastación de los elementos.

Cosgrave pensó que su patria necesitaba de una obra que abarcara por sí sola toda la economía de la república y que la libertara del tutelaje inglés. Llamó a los ingenieros de la casa Siemens de Berlín, y les confió sus planes. Hecho el estudio se vió que el río Shannon, que atraviesa la isla y cuyo nacimiento está a ciento treinta metros de altura sobre el nivel del mar, se podía represar y que con ello se lograría una caída de treinta y tres metros que daría un total de 360.000 caballos de fuerza, dejando para la economía pública un total de cinco mil hectáreas de tierra, que entrarían de lleno a favorecer la producción agrícola, dejando a la vez un canal de doce kilómetros, navegable por buques de doscientas toneladas que sirven para recolectar el salmón en épocas de pesca.

Una vez poseedor de los estudios, se puso en camino para Estados Unidos, les habló a los irlandeses de sus proyectos y con su ayuda consiguió un empréstito de veinticinco millones de pesos.

Seis meses más tarde la obra estaba acometida. Ni un centavo debía distraerse de ella para otras cosas.

¿Qué distinto de la inversión de nuestros empréstitos!

Un día, el jefe de una sección de trabajos ordenó que se reparase el telégrafo nacional y anotó tres chelines como gasto.

El contralor objetó la erogación, y al día siguiente el empleado fue despedido.

Por este medio la obra quedó terminada en tres años, y hoy el Estado libre de Irlanda tiene luz, calor y fuerza para todos

los ciudadanos que la pidan. Instala hasta en las más humildes casitas estos servicios y da facilidades a los muy pobres, para pagar en diez contados anuales el costo de las obras que solicitan.

Como por encanto ha florecido allí la agricultura. En cada una de las cinco mil hectáreas que se les disputaron a las aguas pastan hoy infinidad de ganados y en donde era antes un pantano, surgen los cereales que bastan para el consumo de la república y dan amplio margen para competir victoriosamente con Inglaterra.

E inundados están los mercados ingleses de productos de Irlanda. Y a tanto ha llegado su preponderancia que Ford ha establecido una gran fábrica de camiones en Cork; en Carlow se refina azúcar de remolacha en grande escala, y los maderos de Waterford no tienen rival en Europa.

Y todas las industrias, cerveceras, de vidrio, de tejidos, han florecido de una manera increíble.

Irlanda es hoy el asombro de los ingleses.

Cuando éstos arriaron sus banderas de las torres de la catedral de San Patricio para dejar a Irlanda libre, los jefes ingleses sonreían desdeñosamente pensando que allí no florecería jamás la república, y hoy esos mismos ingleses se inclinan ante la obra de Cosgrave, y sus colaboradores, a quienes tratan ahora como sus iguales.

Se redimió Irlanda, no por violencia sino por la convicción y porque los hombres que la gobiernan hicieron un auto de fe de sus ambiciones en bien de la prosperidad común.

El paralelo entre Rusia e Irlanda, no será yo quien lo haga, pero creo que vosotros podéis fallar en justicia.

De mí sé decir, que después de mirar la Europa y los otros países que he visitado, no hallo más balance favorable en bien de la humanidad que el que presenta a los ojos del viajero desapasionado el Estado libre de Irlanda.

Joaquín Quijano Mantilla

(De El Tiempo, Bogotá.)

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS	REFRESCOS	SIROPES
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.	KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Auguste Comte y las mujeres

¿Qué influencia ejercieron en su pensamiento?

Nuevos estudios sobre el creador del positivismo

=De La Nación. Buenos Aires=

Una tesis sostenida en la Sorbona, una biografía aparecida en la colección *La vie des hommes illustres*, una serie de conferencias, por último, instituida por la Sociedad Positivista, acaban de dar actualidad a esta antigua pregunta: ¿Qué influencia ejercieron las mujeres sobre Comte? ¿En qué medida fueron responsables de las variaciones de su pensamiento?

Cherchez la femme, aconseja una frase proverbial francesa, si queréis comprender los cambios de actitud de un hombre. ¿Convendrá tener en cuenta este consejo, tratándose del pensador genial que fue Auguste Comte?

Es sabido que la unidad de su pensamiento—que ejerció tan amplia influencia, no sólo en Europa, sino también en América, especialmente en la América del Sur—ha sido negada con frecuencia. La obra de Auguste Comte es de las que no se dejan encerrar en una caja. Quiero decir con esto que es difícil definirla por medio de una fórmula única. Hay que distinguir en ella “momentos” en los que se advierten tendencias distintas, por no decir contradictorias. La ley más conocida que promulgó Comte es la de los tres estados. La humanidad, según él, comienza por explicar los acontecimientos por medio de voluntades análogas a las voluntades del hombre: Júpiter lanza el rayo, Neptuno gobierna las mareas. Es la edad teológica. Luego, el espíritu humano, desprendiéndose de ese antropomorfismo, explica las cosas por medio de facultades, de entidades, de abstracciones: la virtud narcótica del opio, el horror del vacío que hace subir el agua en los tubos. Es la edad metafísica. Por último, se comprende que, para prever los fenómenos, para valerse de ellos, es necesario y suficiente el apuntar sus antecedentes constantes. La observación sucede a la imaginación, la ley a la causa. El espíritu positivo, que es a la vez relativista, busca la certidumbre y la precisión, y, haciéndose así útil a la causa de la organización social, acaba por vencer. Sólo falta que pongamos todos nuestros hábitos, todas nuestras instituciones al nivel de su victoria.

Considerado bajo este aspecto el pensamiento de Auguste Comte está en completa oposición con las pretensiones del espíritu teológico a querer gobernar el mundo. Y es por esto que aquellos que creen necesario librar al mundo de esta autoridad, le agradecen a Auguste Comte el haberla minado. Y los laicizadores, como Gambetta y Jules Ferry, también han bebido en la fuente que él hizo brotar. Más de una vez invocaron su ley libertadora.

Pero, volved la página. Leed la obra hasta el fin. Después de los *Cursos de filosofía positiva* vienen el *Sistema de*



política positiva y el *Catecismo positivista*. Y ahora se oye otra campana. En efecto, esta campana llama a vísperas, a un culto. Se trata de honrar al Gran Ser, a la Humanidad, formado por más muertos que vivientes. Se trata de incitar a los fieles “a vivir para el prójimo”, de fomentar en ellos, por medio de ejercicios apropiados, el estado de sentimiento propicio para regular y asociar sus actividades. Una religión nueva es proclamada. Y los que creían en el advenimiento del reino de la ciencia positiva en todos los órdenes se sorprendieron ante esta resurrección.

Litré, el fiel Litré, declara resueltamente que no puede seguir a su maestro en ese brusco cambio de dirección. Y M. Alengry, más tarde, deplora que el fundador de la sociología siga la ley de los tres estados, pero al revés: de la ciencia pasa a la filosofía, de la filosofía a la religión de la humanidad, y de esta al fetichismo. En fin, se diría que Comte quema lo que adoró o, mejor dicho, que adora lo que quemó.

Para saber en qué sentido y bajo qué influencias evolucionó el pensamiento del maestro, tan diversamente interpretado, es una idea feliz el evocar a sus consejeras, a aquéllas que, viviendo junto a él, pudieron modificar sus sentimientos, sugerirle ejemplos, plantearle problemas.

Esta es la tarea que se asignó Mme. Mecca Varney en el libro que acaba de publicar con el título de *Influence des femmes sur Auguste Comte*. Confrontad este libro con algunos capítulos de la *Vie d'Auguste Comte*, escrita por M. Henri Gouhier. Una galería de retratos se abre

ante vuestros ojos. Podéis desfilas ante la madre, la hermana, la esposa, la sirvienta y, en fin, la amiga del filósofo, escudriñando sus ojos hasta llegar a las almas.

Primero la madre, Rosalía Boyer, esposa de Louis Auguste Comte, que fue modesto empleado modelo. Monárquica y católica, tipo de la dama “bien pensante”, forma en el alma de su hijo una base de sentimientos religiosos. Vigila celosamente, por otra parte, a su “petit Comtois”. Lo colma de recomendaciones. En suma, más enérgica que tierna, pero apasionada y capaz, según parece, de hacer recriminaciones vehementes, estuvo mucho tiempo distanciada de su hijo cuando éste se emancipó. Sólo fue en sus últimos años que él volvió a descubrirla, aspiró el perfume de sus virtudes burguesas y la contó entre sus tres ángeles guardianes.

Muy diferente era la mujer a quien debió dar más tarde su nombre para tratar de rehabilitarla, de colocarla y luego mantenerla en el buen camino. Amante de su amigo Larchet, Carolina Massin había incurrido en más de una fuga. Pero era inteligente, capaz de comprender el positivismo que Comte se complacía en explicarle, después de las lecciones de álgebra que aproximaban sus cabezas.

Pero el positivismo no satisfizo durante mucho tiempo su temperamento. Volvió a su pecado. Las escenas que ocurrieron entonces llevaron a su colmo la exasperación del desgraciado grande hombre, en el mismo momento en que elaboraba, para enseñarla a un grupo de oyentes selectos, atraídos por su reputación de politécnico incomparable, la ley de los tres estados. Sumándose a su fatiga cerebral aquel choque de la sensibilidad, no pudo resistir el golpe y conservar el equilibrio. Georges Dumas, que ha establecido su diagnóstico posteriormente en su *Psychologie des Deux Messies*, ha hecho ver que todo presagiaba la catástrofe. Fue completa. Comte se volvió loco de atar, loco que hubo que encerrar en el sanatorio de Esquirol.

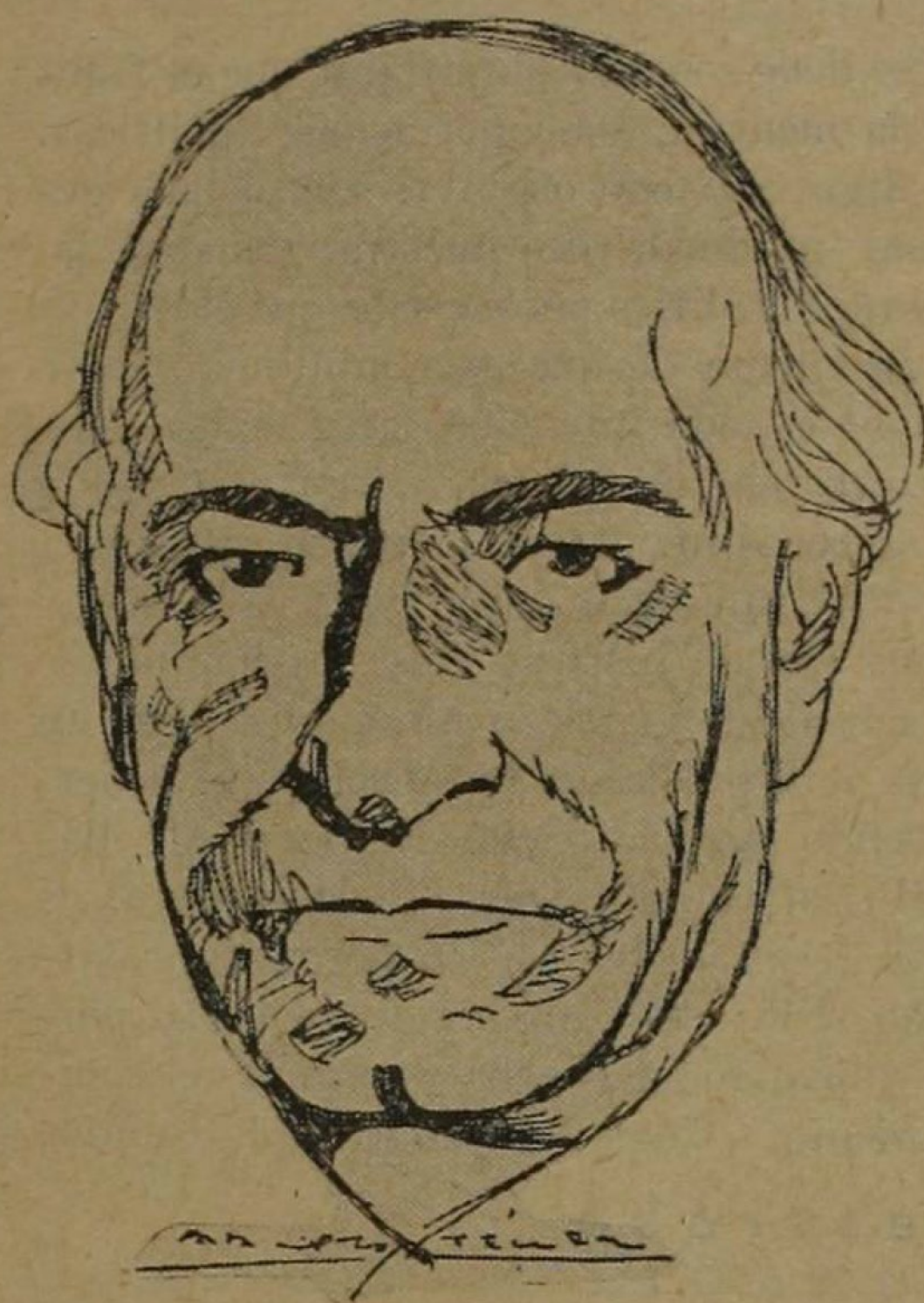
Lo admirable, agrega nuestro colega psicólogo, es que Comte, después de semejante crisis haya conseguido rehacerse e impedido después la recaída en el abismo siempre abierto a su lado. Sin embargo, después de sus largos y penosos trabajos, había de conocer un nuevo período de exaltación sentimental. Pero esta vez la exaltación lo llevó a la euforia, que descubre en él fuentes de alegría y éxtasis insospechados.

Encuentra en 1844 a Clotilde de Vaux. Desgraciada en su hogar, buscando en la literatura un alivio a sus penas, minada por un mal que no perdona, y, por otra parte, bella e inteligente, Clotilde sedujo en se-

(Pasa a la página 335)

Ortega y Gasset y la misión de la universidad

=Plática de Andrés Henestrosa en el Centro de Lecturas y Conferencias de la ciudad de México, el 5 de Oct. de 1931. Envío del autor=



José Ortega y Gasset

Un repentino desaliento me hizo casi desistir de esta lectura. Pero vuelto a mi primitivo fervor, busqué las raíces de aquel arrepentimiento. Y descubrí que a Ortega y Gasset, se le ha desvirtuado bastante. Y temía acabar de desvirtuarlo. Las ideas, las palabras, pierden en manos del vulgo su brillo, su peso, y hasta su valor, como las monedas. Tanto ruedan las cosas, que un día las encontramos sucias. Tal la palabra Revolución, la palabra Ideal. Ya con Ortega ha pasado un poco de esto. Yo conozco a un joven de Texas que ha citado a Ortega. Realmente a veces, es indispensable que haya censura. Ha llegado la hora de decirlo. No a todos les está permitido citar. Se correría el riesgo de que el autor nos pidiera la credencial. Citen los que la tengan. Y nunca para ganar él, mejor como una galantería al autor citado; hasta un poco esperando que dé las gracias.

Algunos literatos, más o menos contemporáneos, niegan a Ortega y Gasset, y alguno de ellos, ha pretendido señalarle las fallas. Se explica. Ortega se expresa en poeta y es natural que los poetas no lo entiendan. Hay maliciosos que en cuanto leen un libro, no leen, hojean,— que si leyeran sería otra cosa— creen que las ideas pertenecen a quien las dice; no hay tal cosa. Las ideas pertenecen al tiempo en que vivimos. Y en esa hora, hay un hombre que las formula. Y todo aquel que no las entienda, está viviendo otro tiempo.

Son las sensibilidades las que nos pertenecen individualmente. Y otra idea sufre la alteración de la sensibilidad que la entienda. Con esto sólo, la idea se ha hecho nuestra. Es la sensibilidad, la que nos da el ángulo desde dónde ver la vida. En otras palabras, crea el punto de perspectiva. Esto es lo que quieren falsificar y aun robar, los pseudo-intelectuales.

Volviendo a Ortega, diré que hay de verdad un poeta en él. Por su lirismo, se emparenta, directamente, con Nietzsche. El poeta es bardo, es decir, adivino. Y hace viajes a su intuición y de allá vuelve con los temas de nuestro tiempo. Y su clarísima inteligencia organizadora establece la teoría. He aquí estas virtudes máximas que los estudiantes *masa* y los escritores *masa*, no pueden ver. Han dicho que se equivoca con frecuencia. Puede ser. Pero lo importante es tener alas, aunque a veces se caiga.

Hace veinticinco años, Ortega empezó a hablar en España, en *Nueva Política*, de una reforma del Estado en general y de la Universidad en particular. Aquellos artículos le valieron la amistad de don Francisco Giner de los Ríos. Entonces, todo aquel que hablara de reformas, se le consideraba demente o foragido; o bien, que no amaba a la Universidad, si de reforma universitaria se trataba. Aquí no se puede hablar de ninguna reforma, sin que se declare, a quien lo haga,

reaccionario, burgués, católico, si es pobre; pero si tiene tierras, se las quitan.

Tan buen pedagogo — la finura pedagógica consiste en sugerir — tan con las raíces sobre la tierra de España y con la flor en el cielo, Ortega y Gasset, plantea, en la Misión de la Universidad, con una agudeza dolorosa y cierta. Lleno de colinas el libro, de tabores digamos, subiremos a ellos, para ver como el pensamiento, hace transfiguraciones.

La autenticidad nace de la pureza del hombre. Es, pudiera decirse, una resultante fatal, porque todo hombre es en lo más hondo de su pecho, insobornable. Todos, menos él, podrán comprarlo. Y es que cada uno es actor y espectador de su propia obra. Ya podrán todas las bocas decir el elogio o la censura, pero no valdrán, mientras no suban, todopoderosos, del fondo de la propia conciencia.

Todo hombre lleva la posibilidad de todas las cosas. Y el monstruo, como el santo, no son sino manifestaciones de nosotros mismos. Sólo que uno se hace solo, y otro con nuestra angustia, y en las noches de desvelo, con la lluvia de nuestro llanto. Tal la autenticidad y la falsificación. Pero la diferencia está en que el hombre auténtico, vive en crisis constantes y el falsificado se deja arrastrar por la corriente. Todos tenemos en frente estas dos situaciones. Sino que a veces, queremos agradar o no queremos contradecirnos. Sino que a veces hay un puesto que interesa y se encuentra una razón que puede consolarnos. Entonces se dicen estas parecidas palabras: Hoy puedo conceder esto, pero mañana, ya en posesión de lo que busco, volveré a mi sitio. Tan miserable, tan sin raíces, el hombre que cree que hay que estar con las

gentes del poder para adquirirlo, pero que una vez adquirido, corregir las cosas. Lo más seguro es que rotas las bases de nuestra vida, no volvamos a construirlas. Porque quien ha encontrado hoy una razón para justificarse, encuentre otra mañana.

En México la autenticidad en cuestiones universitarias quizá no llegue nunca. En 1929, una huelga produjo la autonomía. Parecía que después de aquella profunda agitación las aguas iban a volver a su sitio. Se tenía la ventaja de que estaban perdidas las cosas y que era fácil encontrarlas, porque había que buscarlas. No hay que olvidarlo: sólo por el camino de la imperfección se llega a la perfección. Pero no fue así. Entonces supimos que la autonomía la habían deseado desde siempre los gobernantes. Y que Portes Gil tenía el propósito de realizarla. ¿Pero cómo podía amar a la Universidad, ni entenderla quien no es universitario? Es decir, empezó otra vez el fraude, la mentira, que ya son parte de nuestra ética. No puede negarse. la reforma sólo podrán hacerla verdadera los que están en el poder; pero también hay que decir que es a los únicos a quienes perjudica esta reforma. Porque qué iba a ser de ellos el día que sobreviniera un cambio real. Lo que les conviene es que las cosas sigan como están, porque sólo allí saben remar. ¿Qué será de tanto maestro que no supo serlo de sí mismo, ni discípulo de otro? ¿Qué haríamos con los que hoy se han dedicado a enseñar y ayer fueron incapaces de aprender? Verdaderamente conviene que siga el fraude y la mentira y la falta de autenticidad. Si hasta no se puede hablar de honestidad intelectual y moral con algunos directores de la enseñanza, porque pueden pensar que son alusiones personales.

Lo que hace incompleta la autonomía, no es su independencia económica. Lo que la hace incompleta es su independencia de criterio. La presencia en ella de revolucionarios que califican a los otros de reaccionarios, y esta libertad que tiene todo el mundo de opinar, es lo que la hace incompleta y desventurada. Porque todo el mundo opina, ya casi no nos entendemos. Habremos ganado mucho cuando nos convenzamos de esta verdad. Una de las más grandes inmundicias es hablar de aquello que no entendemos, y ocupar sitios que no nos corresponden. Por eso son incompletos los frutos de nuestra huelga. Después de ella casi todo está como antes. Pero ahora ya se sabe que hubo gentes que entendían la reforma y que además batallaron por ella. Y que todavía no están conformes. Y tienen la esperanza de conseguirla alguna vez. Y respondemos a quien diga que esto es utopía, o como dicen, misticismo, que lo importante no es realizar los propósitos, sino formularlos y pelear por su

realización. Claro que si se realiza, el éxito es completo.

Hay algo muy censurado, precisamente por esta libertad que tiene el mundo de opinar, y es la presencia en la cátedra y en el mando de la Universidad, de gentes que ayer fueron insurrectos; a todo esto, quiero responder, porque es tan responsable el que formula la censura como el que la permite a pesar de creer en su injusticia, con unas palabras de Pedro Henríquez Ureña, sobre Héctor Ripa Alberdi. El estudiante insurrecto de 1918 había llegado a la cátedra desde 1922, pero no para transigir con ninguna forma de reacción, cuyo germen se esconde tantas veces en espíritus que temporal o parcialmente adoptan direcciones avanzadas, sino para combatir contra ella. En los espíritus de temple puro, ni la edad, ni el poder, ni la riqueza, ni los amores crean el temor a las ideas libres; antes reafirman la fe en los conceptos radicales de la verdad y el bien.

Estas palabras bien pueden aplicarse a Salvador Azuela, a Alejandro Gómez Arias, a Antonio Armendáriz y a otros a quienes no ha llegado la hora de nombrar.

No debo concluir sin aclarar que el fraude, la mentira, son aportaciones políticas. Lo digo con todo orgullo: son el más genuino producto de nuestra democracia. Miente el político porque sabe que el oyente se da cuenta de que está mintiendo. He dicho con toda intención mentira y no engaño. El engaño supone inocencia. Cuando un gobernante ofrece retirarse a la vida privada, vale decir que el país va a entrar a una era de instituciones, los habitantes ya saben que la magnanimidad o el santo amor a la patria los hará volver al poder, haciendo un sacrificio. Nadie puede llamarlos al cumplimiento de la palabra, es decir, a un terreno ético porque no asistirían. Ellos han prometido todo eso porque sabían que nadie iba a exigirles el cumplimiento. ¡Cómo si estaban platicando!

Andrés Henestrosa



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Persiflage

Urgencia de encender hogueras

— Colaboración directa —

Para don Juan Dávila, Director de la Escuela Normal, — maestro ejemplarmente modesto y laborioso, lleno de virtudes que con frecuencia me hacen recordar a Pestalozzi, — en homenaje grandemente merecido.

La enseñanza de la aritmética, en el mundo occidental, fue objetiva hasta el siglo dieciséis cuando la numeración hindú se hizo general. El entusiasmo que despertó la novedad de las cifras arábigas revolucionó los métodos; se abolió el uso del ábaco y de otros artefactos similares, reconociéndose que, empleándose los nuevos símbolos, la labor objetiva resultaba innecesaria para calcular. Se olvidó que para la enseñanza era esencial la objetividad, como base para comprender el niño qué es número. Esta verdad pasó desapercibida cosa de tres siglos, y si es cierto que la introducción de los números arábigos fué importante innovación aritmética, nunca fué cosa tan buena causa de retrogresión metodológica tan funesta. A pesar de contar con mejores instrumentos de trabajo, — los nuevos números, — la aritmética se volvió más mecánica que jamás lo había sido. A Pestalozzi le tocó hacer ver a los educadores el largo error que venían cometiendo.

La introducción de los números orientales impulsó a los pedagogos a llenar los textos de reglas para todas las operaciones, y los maestros fácilmente se dejaron llevar por esta corriente de mecanismo. Convirtiéndose

el aprendizaje de la aritmética en sonsa definición de términos, en brutal memorización de reglas, y en torpe repetición de lo que el texto contenía. Durante los trescientos años anteriores a Pestalozzi a eso se rebajó la noble ciencia de la aritmética en las escuelas, y a eso, en gran parte, está reducida aún entre nosotros.

Y lo que digo de la aritmética es aplicable a todas las asignaturas de nuestros programas. No enseñamos a hablar, — ni mucho menos a escribir, — bien nuestro idioma, sino que recargamos inteligencias jóvenes con reglas de gramática. No enseñamos a leer con agrado y juicio y a adquirir el gusto de la literatura, sino que a la literatura la hacemos odiosa rodeándola de las necedades que menguados espíritus coleccionan en folletos que llaman de "preceptiva literaria". En los idiomas extranjeros los ejercicios de gramática y las eternas reglas vienen lo primero, o se enseñan al mismo tiempo que se quiere enseñar a hablar. En todo la forma la hemos antepuesto y sobrepuesto a la substancia, y el resultado es un tipo de escuela que, francamente, hace más daño que bien a la República. Somos, en la América Latina, el

país que, proporcionalmente a su riqueza y población, gasta más dinero público cada año en enseñar a sus juventudes: lo proclamamos con justo orgullo. Con modestia no menos justa digámonos a nosotros mismos que también somos los beocios del continente. Hay escuelas peores que escuela ninguna. Así es la nuestra. ¡Dios, cómo nos ha entorpecido! Estamos en exámenes. Hay que presenciarlos para darnos cuenta de por qué, como pueblo, carecemos de esa agilidad mental, de ese despejado entendimiento, de esa curiosidad inteligente, de esa felicidad de asimilación cerebral, que distingue a los demás pueblos de nuestra raza. La torpeza costarricense no la heredamos con la sangre: nos la impone la escuela. Cada nueva generación es más torpe que la anterior. He ahí porque los viejos mandan y se imponen.

En un examen de aritmética, en escuela primaria, he oído hoy estas preguntas y respuestas: *¿Qué es aritmética?* — La ciencia que trata de los números. *¿Cuáles son las operaciones de la aritmética?* — Son cuatro, a saber: sumar, restar, multiplicar y dividir. *¿Cómo se multiplica?* — Aprendiendo las tablas de multiplicar.

El examinado titubeó un poco, y se corrigió: Aplicando las tablas de multiplicar, dijo sonriente. Y los examinadores se miraron unos a otros y sonrieron también. ¡Qué viveza de niño!, parecían decirse. Pero eso no es viveza. Eso es estupidez. A esa criatura, nuestra malhechora escuela la está haciendo imbécil. ¡Y si cuando salga abogado lo llevan al Congreso!

Un alumno del Liceo, destacado estudiante de lo que allí llaman literatura, me habló, de dadaísmo y de Diego Rivera, cosas que me dejaron atónito. Me celebró la bondad de su profesor. Luego me confesó que no sabía, hasta decirselo yo, que *Repertorio Americano* existiese, y, después de leer dos números de nuestra gran revista, me dijo no entender los versos de Max Jiménez y parecerle *abominables* los grabados preciosos de Amighetti y las esculturas vigorosas de Sánchez. Por caridad no digo de quién son los versos que le agradan. Y lo que es cuando vea cualquiera de los formidables muros que Diego Rivera ha pintado, este joven que el Liceo está imbecilizando se va ir de . . . , como dicen en España.

En 1777 Christian Trapp comenzó a trabajar en métodos apropiados para la enseñanza de la aritmética, y en 1780 publicó su *Versuch einer Pädagogik*. En 1980 acordémosnos de celebrar ese segundo centenario. En esa obra Trapp expuso un sistema objetivo para enseñarles a los niños a sumar y a restar, empleando objetos para que aprendiesen números más bien que cifras. A esto seguía en su método la enseñanza de la multiplicación y de la división. Elaboró Trapp un sistema de cubos para explicar la relación entre la unidad y la decena, adelantándose a Ti-

llich. Siguió sus huellas Gottlieb von Busse, cuyas primeras obras de aritmética se publicaron en 1786, pero Busse cometió el error de enseñar primero a contar hasta trillones (!!!), luego a sumar, a restar, etcétera. La notable contribución que hizo a la pedagogía fue el empleo sistemático de números ilustrados (*Zahlenbilder*) en esta forma:

•••
••
5
Cinco

Y no debemos dejar de hacer mención de un noble por la sangre y por el espíritu, Freiherr von Rochow, de Rekan, cerca de Brandenburgo, reformador de las escuelas rurales de Alemania, quien predicó dos cosas que debemos recordar todos los días los que andamos metidos en el berengenal de la enseñanza: la una, que aprender la aritmética debe ser cosa placentera para los alumnos, y la otra, que el fin de la enseñanza no es sólo aprovecharla en el comercio sino adiestrar la mente.

Trapp, Busse y von Rochow no abrieron gran brecha en su tiempo. Fue Johann Heinrich Pestalozzi, pobre maestro suizo, el escogido para revolucionar la pedagogía mundial. Recordarle es cosa que profundamente me conmueve. ¿Sabéis que Pestalozzi parecía fracasar en todo lo que intentaba, y que era un alma entristecida? No he dicho triste. Para saber cómo contribuyó a la enseñanza de la aritmética, no busquemos libro suyo, pues no escribió ninguno al que nos podamos referir, sino que hay que espigar aquí y allá entre muchos papeles, y tomar el testimonio de quienes le conocían.

Para Pestalozzi la percepción era el sentido a emplearse como base para toda labor de enseñanza numérica. El valor de la percepción ya lo había reconocido, en su *Ars Poetica*, Horacio:

*Segnius irritant animos dimissa per aurem,
Quam quae sunt oculis subiecta fidelibus,—*

lo que es decir que las cosas que entran por el oído afectan menos fuertemente a la mente que las que se someten a los fieles ojos.

Blockmann, De Guimp, Biber y otros autores relatan anécdotas que, quizás con exageración, dicen, sin embargo, el buen éxito del sistema del paciente Pestalozzi. Tentado estoy a repetirlas, que algunas son bonitas; pero más importante me parece decir que, en su sistema, Pestalozzi,—

Primero — Comenzaba la enseñanza de la aritmética desde que el alumno ingresaba a la escuela, basando esa enseñanza en la percepción y librando al niño, defendiéndolo con fiereza, de toda regla y tradición;—

Segundo—Insistía en que el conocimiento del número debía preceder al de la numeración. “Es de gran importancia,” de-

cía, “que no se oscurezca en la mente el concepto de número, cosa que suele hacer el empleo demasiado temprano de las abreviaturas aritméticas. Las cifras mismas no son más que símbolos de los números, y no deben enseñarse hasta que el niño esté familiarizado con éstos. Comenzar por la enseñanza de las cifras es tan absurdo como enseñarle las letras a un niño que aún no sabe hablar”. Antes que todo el alumno ha de poder concebir números; las cifras, los símbolos, las operaciones, pueden esperar. *Deben esperar*;—

Tercero—Insistía también en que el niño debe saber las operaciones elementales antes de aprender las cifras. “Cuando se ha ejercitado al niño en este método intuitivo de calcular (con números del 1 al 10), habrá aprendido de manera tan cabal las verdaderas propiedades y proporciones del número que podrá enfrentarse con la mayor facilidad a la tarea de aprender los métodos abreviados de calcular, para qué sirven las cifras;”—

Cuarto—Seguía el mismo sistema en la enseñanza de los quebrados. Cuando un niño ha adquirido “conocimiento intuitivo de las verdaderas proporciones de los diversos quebrados más comunes ($1/2$; $1/3$; $1/4$; $1/5$), es fácil conducirlo a que emplee cifras:”—

Quinto—Hacia de la aritmética la asignatura principal de su programa escolar. “La forma y el sonido”, aseveraba, “frecuentemente y de diversos modos diseminan simientes de error: nunca el número;” y—

Sexto—Hacia de la aritmética una gim-

nasia oral. Así como los algerismistas habían abandonado el ábaco, así él abandonaba los algorismos (cifras) e insistía en ejercicios orales más bien que escritos pagar sembrar firmemente en la mente del niño el concepto del número.

Contra el sistema de Pestalozzi ha habido desde hace algún tiempo saludable reacción, por cuanto el maestro suizo exageraba en la aplicación de los puntos salientes de su sistema que hemos enumerado. Tillich, Türk y Kawerau desarrollaron su método. Este último, con sus ideas extremistas, provocó la reacción contra el pestalozzianismo capitaneada por Krankes, Denzel, Diesterweg, Hentschel, y, triunfalmente, por Grube. Volveré otro día que esté de mal humor, como ahora, sobre estas cosas.

Por ahora basta con cuanto he dicho de Pestalozzi para que mis compañeros de gremio, tan hábiles en hacer asnos a los niños, tengan qué meditar. ¡Oh, que hubiera una Inquisición que pudiera quemar vivos a los malos maestros!

En Inglaterra Bertrand Russell pide la horca para esa especie,—que también en tierras nórdicas se dan los imbecilizadores de juventudes. Yo soy partidario del fuego lento. Un fuego que les deje el pellejo hecho chicharrón. Semejante a un dios me estaría, en lugar alto, aspirando el olor que el viento me traería de las carnes quemadas.

A Darío, en su lecho de muerte, lo atormentaban ciertos señoritos impúberes que patinaban sobre ruedas en la acera de la casa en que el poeta albergaba su amargura de vivir. “Oh, Herodes, Herodes!” clamaba Rubén, “¿por qué me has abandonado?” Yo clamo por Torquemada.

P e r s i l e s

Heredia, Diciembre de 1931

El capital y la competencia

=De La Nación, Buenos Aires,=

... Pero ¿es la depreciación del marco el peligro más grave de los que se ciernen sobre Alemania y por contagio o contagio, amenaza a los demás Estados de Europa? Seguramente no, dice un perspicuo analista de la situación en el *Fag e buch* de esta semana.

La inestabilidad del marco no es más que una de las formas del mal y a todas luces una de las menos graves. La moneda no es más que una medida de valores y existiendo éstos es cosa muy fácil sostener el valor de aquélla. El día en que la tierra se enjute hasta hacer disminuir sensiblemente la longitud del meridiano terrestre, se puede rectificar el valor del metro como medida si se quiere conservarle su prestigio de equivaler a la cuadragésima millonésima parte del meridiano terrestre.

Francia estabilizó su moneda, Italia conserva el valor de la lira al precio señalado por la ley, Inglaterra en unos pocos

días conjuró el peligro de la depreciación de la esterlina.

Países de riqueza potencial apenas como la república de Colombia, tienen moneda que se cotiza en los países extranjeros al igual de la libra esterlina. El problema del marco no es por lo tanto el punto doloroso de la economía alemana. Tampoco lo es la fuga del capital en concepto del economista a quien me refiero, ni la falta de confianza que da lugar al éxodo del numerario. La confianza puede restablecerse y el capital volvería, si no mediara una circunstancia de que se han desentendido los hacendistas y los gobiernos en perjuicio de la vida económica de cada nación en particular y del gran conglomerado internacional.

La causa del mal presente y de los escollos todavía más enhiestos y sinuosos por entre los cuales han de pasar las tristes naves del Estado es la falta de organi-

zación. El principio liberal de la absoluta libertad de industria y comercio, debido a los economistas de Manchester, y el régimen de la competencia brutal que ha dominado en la vida industrial y domina todavía, a pesar de carteles y otras combinaciones, está ahogando en este momento la vida industrial y comercial del mundo. No hay duda que la opresión de las reparaciones le impone un gravamen demasiado severo a la actividad alemana. Pero ese no es el mal único. ¿Cómo es posible que en una nación conocida por su tenaz diligencia y admirable dominio del detalle, para no decir nada de la inventiva de sus mecánicos y la penetración de sus investigadores, las fábricas estén atestadas de productos necesarios para la vida y amenazadas de ruina con existencias formidables de artefactos, al paso que el obrero, el pequeño rentista, el empleado público apenas tiene lo justo para mantener unidos el alma y el cuerpo, alimentados inadecuadamente, vestidos apenas con decencia y asilados en moradas cuya capacidad cúbica no ofrece el aire suficiente para la vida completa y saludable? Esto no se explica sino por la incapacidad de la inteligencia humana para apreciar los hechos económicos. Y en este caso lamentable, el hecho económico es la falta de organización.

Al lado de una fábrica de calzado, próspera y dueña de mercados propicios y holgados, surgen nuevas y nuevas fábricas del mismo elemento hasta que los mercados se llenan más allá de lo necesario y quedan obstruidas las ventas porque aunque todavía hay gentes que carecen de calzado decente, ocurre que no es posible bajar el precio del artefacto sin procurar la ruina de los fabricantes, porque el costo de producción está gravado con las exigencias tiránicas del régimen de la competencia. Esas exigencias son el anuncio, los intermediarios, los agentes de ventas, la baja de los salarios, la super-capitalización de muchos casos que impiden bajar el precio del objeto hasta ponerlo al alcance de las capacidades económicas del consumidor, cuya renta disminuye si es rentista, porque las acciones de empresas que posee rinden menos con la falta de ventas, y, si es obrero, porque la crisis de la industria ha impuesto la baja de los salarios.

El goce absoluto de su libertad ha traído a la industria y al comercio a esta dolorosa encrucijada. La libertad es ahogada por la competencia y el obrero, en contra de las teorías manchesterianas, no puede aprovechar de la baja en el precio de los productos, porque esta baja supone en primer término la reducción en sus salarios, y si se prolonga y se hace más intensa, causa inevitablemente la ruina del productor.

No puede pensarse que los sabios economistas no hayan percibido esta monstruosa contradicción. Los banqueros acaso no se la expliquen, pero la sienten, porque ellos, como gerentes del capital líquido lo

recogen y no quieren otorgar créditos porque su sensibilidad los hace desconfiados y la experiencia les impone una excesiva cautela. Estas consideraciones se aplican claramente al espectáculo de una nación sola, afligida por el exceso de su propia actividad. Si se echa una mirada al panorama económico internacional, el espectáculo es todavía más desolador. Allí aparecen naciones poco favorecidas por la naturaleza para producir, a manera de ejemplo, cereales o carne, creando situaciones

artificiales por medio de barreras arancelarias para competir con regiones destinadas por decreto nominativo de la providencia para la producción fácil y abundante de aquellos elementos de vida. Lo que ha menester Alemania en este momento no es capital únicamente, sino una base orgánica de producción en el entendimiento con todos los demás países productores para eliminar una competencia que se destruye a sí misma sin provecho de nadie.

B. Sanín Cano

Berlin, agosto de 1931.

El cementerio marino

=De Revista de Occidente. Madrid.=

Para Albert Levaillant
J. G.

*Ese techo, tranquilo de palomas,
palpita entre los pinos y las tumbas.
El Mediodía justo en él enciende
el mar, el mar, sin cesar empezando...
¡Recompensa después de un pensamiento:
Mirar por fin la calma de los dioses!*

*¡Qué labor de relámpagos consumen
tantos diamantes de invisible espuma,
y qué paz, ah, parece concebirse!
Cuando sobre el abismo un sol reposa,
trabajos puros de una eterna causa,
refulge el tiempo y soñar es saber.*

*Tesoro estable y a Minerva templo,
masa de calma y visible reserva,
agua parpadeante, Ojo que guardas
bajo un velo de llama tanto sueño,
¡oh, mi silencio!... En el alma edificio,
¡mas cima de oro con mil tejas, Techo!*

*¡Templo del Tiempo, que un suspiro asume!
A esta pureza subo y me acostumbro,
mi marina mirada rodeándome.
Como mi ofrenda suprema a los dioses,
el centelleo tan sereno siembra
en la altitud soberano desdén.*

*Como en fruición la fruta se deshace
y su ausencia en delicia se convierte
mientras muere su forma en una boca,
aspiro aquí mi futura humareda,
y el cielo canta al alma consumida
el cambio de la orilla en sus rumores.*

*¡Mirame a mí, que cambio, bello cielo!
Después de tanto orgullo y tan extraña
ociosidad, más llena de potencia,
a este brillante espacio me abandono:
sobre casas de muertos va mi sombra,
que me somete a su blando vaivén.*

*A teas de solsticio el alma expuesta,
yo te sostengo, admirable justicia
de la luz: luz en armas sin piedad.
A tu lugar, y pura, te devuelvo,
mirate. Pero... ¡Devolver las luces
una adusta mitad supone en sombra!*

*Para mí sólo, en mí solo, en mí mismo
y junto a un corazón, ya en el poema,
entre el vacío y el suceso puro,
de mi grandeza interna espero el eco,
cisterna amarga, sonora y sombría,
donde, futuro siempre, un hueco suena.*

*¿Sabes, falso cautivo de las frondas,
golfo devorador de ese enrejado,*

*secretos deslumbrantes a mis ojos,
qué cuerpo al fin me arrastra a su pereza,
a esta tierra de huesos quién le atrae?
Una centella piensa en mis ausentes.*

*Cerrado, sacro—un fuego sin materia—
trozo terrestre a la luz ofrecido,
me place este lugar: ¡ah, bajo antorchas,
oros y piedras, árboles umbríos,
trémulo mármol bajo tantas sombras!
El mar fiel duerme aquí, sobre mis tumbas.*

*¡Al ídolatra aparta, perro espléndido!
Cuando, sonrisa de pastor, yo solo
apaciento carneros misteriosos,
blanco rebaño de tranquilas tumbas,
aléjame las prudentes palomas,
los sueños vanos, los curiosos ángeles.*

*El porvenir, aquí, sólo es pereza.
Nitido insecto rasca sequedades.
Quemado asciende por los aires todo:
¿En qué severa esencia recibido?
Ebria de esencia al fin, la vida es vasta,
y la amargura es dulce, y claro el ánimo.*

*¡Muertos ocultos! Están bien: la tierra
los recalienta y seca su misterio.
Sin movimiento, arriba, el Mediodía
en sí mismo se piensa y se conviene...
Testa completa y perfecta diadema,
yo soy en ti la secreta mudanza.*

*¡Yo, sólo yo, contengo tus temores!
¡Mi contrición, mis dudas, mis aprietos
son el defecto de tu gran diamante!
Pero en su noche, grávida de mármol,
un vago pueblo, entre raíces de árboles,
por ti se ha decidido lentamente.*

*Ya se han disuelto en una espesa ausencia,
roja arcilla ha bebido blanca especie,
el don de vida ha pasado a las flores.
¿Dónde estarán las frases familiares,
el arte personal, las almas únicas?
En las fuentes del llanto larvas hilan.*

*Gritos, entre cosquillas, de muchachas,
ojos y dientes, párpados mojados,
seno amable que juega con el fuego,
sangre que brilla en labios que se rinden,
últimos dones, dedos defensores:
¡Bajo tierra va todo y entra en juego!*

*¿Y aún esperas un sueño tú, gran alma,
que ya no tenga este color de embuste
que a nuestros ojos muestran ondas y oro?
¿Cantarás cuando seas vaporosa?*

*¡Todo huye, bah! ¡Porosa es mi presencia,
y también la impaciencia santa muere!*

*Flaca inmortalidad dorada y negra,
consoladora de laurel horrible,
que en seno maternal cambias la muerte:
¡bella mentira, piadosa falacia!
¡Quién no sabe y no huye de ese cráneo
vacío, de esa risa sempiterna!*

*Hondos padres, deshabitadas testas,
que sois la tierra y confundís los pasos
bajo el peso de tantas paletadas:
no es para los durmientes bajo tabla
el roedor gusano irrefutable.
que no me deja a mí. ¡De vida vive!*

*¿Acaso amor, o el odio de mí mismo?
¡Tan cerca siento su secreto diente
que puede convenirle todo nombre!
No importa. Siempre sueña, quiere, toca,
ve; le gusta mi carne. ¡Yo, yo vivo,
ay, de pertenecer a este viviente!*

*¡Zenón, cruel Zenón, Zenón de Elea!
¿Me has traspasado con la flecha alada*

*que vibra y vuela, pero nunca vuela?
¡Me crea el son y la flecha me mata!
¡Oh sol, oh sol!... ¡Qué sombra de tortuga
para el alma: si en marcha Aquiles, quieta!*

*¡No, no! ¡De pie! ¡La era sucesiva!
¡Rompa el cuerpo esta forma pensativa!
¡Beba mi seno este nacer del viento!
Una frescura, del mar exhalada,
me trae mi alma... ¡Salada potencia!
¡Corramos a la onda, revivamos!*

*¡Sí, mar, gran mar de delirios dotado,
piel de pantera y clámide calada
por tantos, tantos ídolos del sol,
ebria de carne azul, hidra absoluta,
que te muerdes la cola refulgente
en un tumulto análogo al silencio.*

*El viento vuelve, intentemos vivir!
¡Abre y cierra mi libro el aire inmenso,
con las rocas se atreve la ola en polvo!
¡Volad, volad, páginas deslumbradas!
¡Olas, romped con aguas jubilosas
ese tranquilo techo de los focos!*

Paul Valéry

(Traducción de Jorge Guillén)

Estampas

Monopolio de la gasolina y vigilancia

Hay pescadores engañosos de concesiones

¿Sin caminos y con las deudas?...

— Colaboración directa —

Leemos en un editorial de *The New York Times* del 15 del mes en curso, que el impuesto con que está grabada la gasolina se destina a la construcción y sostenimiento de los caminos públicos de los Estados Unidos. Si los motores sobre ruedas se multiplican y extienden su ruedo a centenares de millas, lo natural es que ellos paguen los caminos. El enorme consumo de gasolina en aquel país hace que el impuesto llegue a sumas que pasan de quinientos millones de dólares anuales. Revela el hecho una enseñanza que no deben desaprovechar los países pequeños. La necesidad de tener carreteras llena de deudas con el extranjero, con el banquero que busca colocación segura para su oro. Y si tienen los pueblos el infortunio de que los engañen las organizaciones piratas, entonces se quedan sin caminos y con la deuda. Los norteamericanos nos dicen que podemos librarnos de ser tragados por los empréstitos y atender esta gran actividad de fomento. Lo importante es que abramos el entendimiento y apliquemos la defensa de afuera a nuestro propio suelo.

¿Qué vamos haciendo en Costa Rica por sacar a la gasolina la construcción y mantenimiento de nuestros caminos? Hay ya una ley, la que monopoliza en favor del Estado la explotación del negocio de la gasolina, que debemos mirar llena de una gran previsión. Sólo el Estado podrá, cuando rija esa ley, importar y distribuir gasolina. Los intereses que la ley ha herido de muerte son grandes, porque todos se aunaron para impedir que el Congreso la

diera y parecen querer impedir su aplicación. Nuestra capacidad de vigilancia debe ahora desarrollarse en torno a esa ley. No sólo para desentrañar los beneficios que contenga, sino para hacer que no la malogren las fuerzas que siempre rondan en actitud de saqueo la prosperidad de las naciones. No nos hagamos ilusiones, pero tampoco seamos menguados para renegar del bien que podemos conseguir si nos alienta la aspiración de que nuestro país se libere de miserias. El monopolio de la gasolina ha de ser el punto desde el cual parta una nueva actividad del costarricense. No sólo del costarricense que quiere entrañablemente a su patria, sino también del costarricense que le abre la puerta a la conquista de afuera. Para el uno está la tarea de buscarle defensas a la ley; para el

Sólo te pido

— Envío del autor —

*¡Para que las riquezas!
Mesquinos bienestares que da el hombre,
riquezas no te pido.
Tampoco quiero nombre
que no pueda sacar yo de mis fuerzas.
Sólo te pido:
¡Que te lleves tu cuervo!
que ese volar terco
ahuyentes de mi cerco;
que me tornes aquéllos que se han ido
y no me quites los que aún conservo.*

Max Jiménez

Coronado, Diciembre de 1931.

otro la de malograrla como fuente de riqueza nacional. Pero aunque sean ocupaciones de costarricenses no tienen las dos el mismo espíritu de lucha. En adelante el empeño no estará puesto en derogar esta ley previsora. Al contrario, querrán hasta defenderla los que ven en ella grandes lucros. Habrá interés verdadero en que el monopolio siga como del Estado. Y es aquí en donde debemos reflexionar.

Si el mero impuesto sobre el consumo de la gasolina puede dar a los Estados Unidos una entrada que le sirve para construir y atender sus principales caminos, lo natural es creer que la explotación por cuenta del Estado dé a un país sin el tráfico tan desarrollado como el de aquella nación, los recursos que necesita para el fomento de sus comunicaciones. No debemos desestimar en ningún momento, lo que ocurre en Norte América. Porque si la ley tiene que regir, ha de ser únicamente para provecho de Costa Rica. Lo decimos pensando en que por ser un gran negocio atraerá a los pescadores de concesiones. Y serán pescadores de volumen. Está de por medio el Estado y la idea que se extiende en el mundo de los mercaderes es la de que el Estado puede ser engañado sin responsabilidad ni estorbos. ¿Qué es el Estado? Para el mercader el más fecundo campo de negocios. Pues al olor del monopolio de la gasolina acudirán. ¿No acudieron cuando nuestra inexperiencia dijo recio ¡carreteras!? La llamada ahora es ¡gasolina! Y si alguna lección nos quedó del infame negocio de las carreteras, tengámosla en el pensamiento.

Es necesario que hagamos de esa lección la admonición severa para nuestro buen juicio. Estudiemos el negocio de la gasolina, lo que significa su explotación por cuenta del Estado. No nos sorprenda la tiniebla. La rapiña extranjera pudo hacer lo que hizo, porque encontró un país desorganizado en cuestión de caminos, con una técnica primitiva, sin nadie que conociera lo que el progreso iba realizando en este ramo de fomento... Le fue fácil sembrar el suelo de filtraderos que sumieran el oro destinado a los caminos. Pero no ocurrirá dos veces igual iniquidad. La explotación de la gasolina es uno de los negocios de gran rendimiento. No hay que buscarle el provecho inmediato. Los que vengan a proponernos tomarlo por su cuenta no suman las ganancias para el día siguiente. Suponen un futuro en el cual el ruedo llegará a consumir por millones de galones la gasolina. Para entonces habrá que tener listas las bóvedas que almacenen las ganancias. Y para todos los cálculos necesitamos el estudio. Como un gran negocio tenemos que considerar este del monopolio de la gasolina. Si no lo hacemos así y nos llenamos de indiferencia, serán los listos quienes de él se aprovechen.

Necesita el país carreteras, una red completa de carreteras que haga fácil y pronta la comunicación, pero no hemos de en-

gañarnos con las proposiciones de los pescadores de concesiones. Estos dirán que si les damos la explotación de la gasolina, nos construirán caminos. Sin embargo, el buen juicio nos dice que debemos desechar los postores. Los pueblos que ponen en almoneda sus fuentes de riqueza las malogran. A la almoneda acude el traficante internacional. Mentira que este trae capacidades o dinero. En él hay que ver solamente el ansia de sacar rendimientos. Ningún pueblo le importa al individuo que emigra a buscar empleo remunerador al capital. Siempre es el enviado de organizaciones fuertes dispuestas a centuplicar la ganancia. Conseguida esta, lo demás carece de valor. ¿Y qué no hace en cuanto no más un país le da la concesión? Se vuelve aliado del criollo y quiere compartir con él parte de las ganancias. El resultado es que los pueblos no derivan sino compromisos del trato con los especuladores de afuera. Y como a estos no les toca responsabilidad porque se aprovechan de la desorganización de las instituciones y de los hombres con quienes negocian, los pueblos empobrecen y se sumen en la desgracia. Cuando nos acogemos a principios de nacionalismo que levantan la cólera de los descastados, es porque en esos principios se resume la defensa de los pueblos. Sobre todos ellos anda desatada la especulación del mercader fenicio. El descastado ve en ella nada más que ansia de civilización. Se siente incómodo de que ciertos progresos no hayan alcanzado a nuestros pueblos. No por los progresos mismos, sino por quienes pueden traerlos. Llama al nacionalista anti esto y anti lo otro y quiere presentarlo lleno del espíritu de exterminio del *boxerismo* chino. Pero para el nacionalista el descastado es siempre el turiferario del conquistador extranjero. A veces lo mueve nada más que el destacamiento, pero generalmente es la voracidad por el dinero. En cambio, el nacionalista quiere las cosas de su patria sin afectación, sin doblez ninguno. Por ella se sacrifica en lucha contra los descastados que se alían al extranjero que las persigue para atarlas a intereses económicos o políticos de su nación. Es la lucha más dura que le está encomendada al hombre. Por detrás del pescador de concesiones, del postor, del traficante internacional, aparece el poder grande de una plutocracia dominadora. Ésta lo ampara y lo sigue y batalla con él cuando los pueblos se niegan a entregarle sus recursos económicos, a darle el espacio y las tierras y las aguas. El descastado guarda silencio ante esta realidad y quiere presentarse como un desinteresado que se maltrata en una oposición contra el *boxerismo* y deja en ella su tiempo y su deber. Más, no ha de engañarnos el descastado. Bien le conocemos el juego. Bien conocemos el pensamiento de los hombres que dan estímulo a las organizaciones que se desbordan sobre los pueblos sin experiencia y sin visión. Recordemos, por si lo hemos olvidado, el

decir enfático del Presidente Coolidge en su discurso a los periodistas de la *United Press*: "La persona y la propiedad de un ciudadano son parte del dominio general de una nación aun en el exterior, y es no solamente un derecho, sino un deber del Gobierno Norteamericano proteger estos intereses en dondequiera que se hallen." Ya ve el descastado que en estos pueblos se revuelve contra el nacionalista, que no hay en los pescadores de concesiones otro empeño que servir los destinos de sus naciones. Por esta tendencia funesta es que el nacionalista está vigilante y dice su palabra honrada cuando una compañía se posesiona del espacio, o cuando quiere la electricidad,

Juan del Camino

Cartago, diciembre del 31.

El cementerio marino

Poema de Paul Valéry

(Versión castellana de Mariano Brull)

*Techo tranquilo,—cruce de palomas—
entre pinos palpita y entre tumbas;
el Mediodía justo torna en fuego
el mar, el mar, recommenzado siempre...
¡Oh recompensa, tras un pensamiento:
largo mirar la calma de los dioses!*

*¡Qué pura obra de fulgor consume
diamantes mil de imperceptible espuma!
¡Qué paz, allí, parece concebirse!
Cuando sobre el abismo un sol reposa,
puras labores de una eterna causa,
cintila el tiempo y el sueño es saber.*

*Tesoro estable, templo de Minerva,
masa de calma, y visual reserva,
agua parpadeante, Ojo que guardas
bajo un velo de llama tanto sueño,
¡oh mi silencio!... ¡Edificio en el alma,
cumbre de oro de mil tejas, Techo!*

*Templo del Tiempo, que un suspiro suma:
al punto puro asciendo y me acostumbro,
de mi mirar marino rodeado;
como a los dioses mi suprema ofrenda,
la reverberación serena siembra
un desdén soberano en las alturas.*

*Como la fruta se deshace en goce,
como en delicia múdase su ausencia
bajo la boca en que su forma muere,
mi futura humareda a qué presumo,
y canta el cielo al alma consumida
la mudanza en rumor de las avillas.*

*Después de tanto orgullo y ocio extraño
mas pleno de poder,— ¡mirame cielo
de hermosura y verdad, cómo me cambio!—
al espacio brillante me abandono;
por mansiones de muertos va mi sombra
que a su frágil moverse me acostumbra.*

*Expuesta el alma a llamas del solsticio,
yo te sostengo, admirable justicia
de la luz ¡la de armas sin piedad!
Y a tu centro, sin mancha, te devuelvo;
¡mirate!... Mas aquel que luz devuelve
supone de mitad árida sombra.*

*¡De mí, en mí, para mí mismo solo!
Cerca de un pecho fuente del poema!
entre el suceso puro y el vacío,*

o busca desafortadamente el suelo, o quiere los caminos. No es por odio a lo extranjero. Es por defensa contra la absorción. Si ahora hablamos de la ley que monopoliza en favor del Estado la explotación del consumo de la gasolina es anticipándonos a la campaña que el descastado hará dentro de poco tiempo. Campaña en favor de cualquier compañía extranjera a que haya olfateado el negocio y desee atraparlo. No hemos de ser desgraciados y malograr una ley previsor. Dirán los descastados a sueldo que es un gran negocio para que el Estado, mal administrador, lo conserve. Pero demostremos lo contrario y no sucumbamos a la prédica de estos augures a sueldo.

*de mi grandeza interna espero el eco:
¡hoscía cisterna amarga en que resuena
siempre en futuro un hueco sobre el alma!*

*¡Sabes, falso cautivo del follaje,
golfo roedor de esas débiles rejas,
—tras mis ojos, secretos deslumbrantes—
qué cuerpo aquí me arrastra a su pereza,
qué frente, tierra ósea, aquí me atrae?
Una chispa allí piensa en mis ausentes.*

*Cerrado, sacro, fuego sin materia,
ofrecido a la luz, casco terrestre:
me place este lugar—reino de antorchas—
de oro, de piedra y árboles umbríos,
de mármol, sobre tantas sombras, trémulo;
¡donde el mar fiel entre mis tumbas duerme!*

*¡Al idólatra aparta, perra espléndida!
sin con sonrisa de pastor, y solo,
hago pacer, carneros misteriosos,
blanco rebaño de tranquilas tumbas,
¡aléjame las tímidas palomas,
vanos sueños, los ángeles curiosos!*

*El porvenir aquí, sólo es pereza.
Nítido insecto araña sequedades;
en cenizas, deshecho, al aire sube
a no sé que severa esencia, todo...
La vida es vasta, ebria de su ausencia,
claro el espíritu, la amargura dulce.*

*Reposan bién los muertos en la tierra
que recalienta y seca su misterio.
Mediodía, sunpenso en Mediodía,
en sí mismo se piensa y se conviene...
Testa completa y perfecta diadema,
en tí, yo soy la mutación secreta.*

*¡Sólo yo sé tus miedos contener!
¡Mi arrepentir, mis dudas, mis afanes
son el defecto de tu gran diamante!
Pero en su noche de pesados mármoles,
un vago pueblo — de árboles raíces —
tu partido ha tomado lentamente.*

*Allí fundidos a una espesa ausencia,
roja arcilla bebió la blanca especie,
¡todo don de vivir pasó a las flores!
¡Adónde están las frases familiares,
el arte personal, las almas únicas?
La larva teje donde nació el llanto.*

Los gritos de muchachas cosquilladas,
ojos y dientes y húmedas pupilas,
seno hechicero que con fuego juega,
sangre que brilla en le rendido labio,
de últimos dones, dedos que defienden,
¡todo vuelve a la tierra a entrar en juego!

¿Y tú, gran alma, esperas aún el sueño
que no más tenga tinte de falacia
como es aquí, a mis ojos, oro y onda?
¿Aún cantarás cuando vapor ya seas?
¡Todo huye!... ¡Porosa es mi presencia
y la santa impaciencia también muere!

Magra inmortalidad negra y dorada,
consoladora de laurel terrífico
que hace de muerte seno maternal,
¡bella mentira y piadoso engaño!
¿Quién no conoce y no rechaza ese
cráneo vacío y esa risa eterna?

Padres profundos de cabezas huera,
bajo el peso de tantas paletadas
sois ya la tierra y confundís mis pasos;
el torcedor, gusano irrefutable,
no está en aquel que bajo losa duerme,
¡vive de vida y nunca me abandona!

¿Amor, quizá, o de mí mismo odio?
¡Tan cerca tengo su secreto diente
que cualquier nombre puede convenirle!
¿Qué importa! Él ve, él quiere, él sueña, él toca!

Paul Valéry

Francisco Mayorga Rivas

—Envío del autor—

Quiero que desde este cuarto de biblioteca, y desde este hombre que se llama Joaquín García Monge, y desde este *Repertorio* amalgamado con constancia y necesidades, se constate que se guarda un reconocimiento a los hombres que no ha envilecido la política y que conservan puros el amor y la defensa al terruño.

Llegar a un ministerio, y seguir siendo don Chico es el mayor mérito de este caballero con quien me vincula un cariño hereditario. Bien lejos, a esos nadies, que por azares de la política llegan a un ministerio que siguen cargando por toda una vida petulante.

No es este el caso de un pretexto para atacar a los otros; quiero abiertamente elogiar la hora feliz en que se ha escogido a don Chico para aliviar en algo todo el desacuerdo de nuestro gobierno.

¡Mi carne ama, y—si dormido—aún
a su vida mi vida pertenece!

¡Zenón! Cruel Zenón! Zenón de Elea!
¡Me has traspasado con la flecha alada
que vibra y vuela, sin que jamás vuele!
¡Me crea el son y máteme la flecha!
¡Qué sombra de tortuga sobre el alma
—¡Oh sol!—, Aquiles en carrera, inmóvil!

¡No, no!... ¡De pie! En la futura era!
¡Romped, cuerpo, esta forma pensativa!
¡Bebed, pecho, del viento la naciencia!
En la frescura que la mar exhala
mi alma retorna... ¡Oh poder marino!
¡Corramos a la onda a revivir!

¡Oh sí! Gran mar dotado de delirios,
piel de pantera y clámide calada
de mil y miles ídolos del sol,
hidra absoluta de azul carne ebria
que te remuerdes la encendida cola
en tumulto al silencio parecido.

¡Sopla el viento! Tratemos de vivir!
Abre y cierra mi libro el aire inmenso,
¡La ola en polvo irrumpe entre las rocas!
¡Así, volad, páginas deslumbradas!
¡Romped, olas! Romped, aguas en júbilo,
el techo en paz picado por los focos!

La historia esa de la rebusca inmunda, del robo, va siendo tiempo de que se termine, y la única barrera se consigue con hombres como don Francisco Mayorga Rivas.

¿Qué podrá hacer don Chico en ese ambiente? Poco, pero tiene magníficos deseos duraderos, y no convertibles a la miseria de los otros, y tiempo para que los amantes de la patria, y no los logreros gobiernen por entero este país.

Se necesita ser muy confiado de sí mismo para que un hombre en los poderes, no pierda la cabeza, y entonces sea un servidor de su país, y provoque un elogio de alguien absolutamente libre de conciencia.

Y este cariño que como he dicho, es de herencia, lleve el ánimo, de este cuartucho empolvado de biblioteca, a un hombre que ama a su patria sin posteriores menesteres.

Max Jiménez

Escrito en la Biblioteca Nacional el 29 de Nov. de 1931.

Auguste Comte y las mujeres...

(Viene de la página 328)

guida al filósofo. Muy luego no pudo prescindir de ella. Día a día iba a retemplar su valor al lado de ella, el valor que da el hallazgo de un afecto inesperado. El filósofo, durante tanto tiempo falto de cariño, hubiera deseado, como dicen los clásicos, que su llama fuera coronada. Pero Clotilde opuso tenaz resistencia. Estos bellos amores no pasaron de platónicos. Y

Clotilde, símbolo de toda pureza, es arrebatada por la muerte antes de que Comte consiguiera que se casase con él. Ella le enseñó por lo menos, al fundador del positivismo, la fecundidad superior de los sentimientos, y que aquélla es más poderosa aun cuando hay que contenerlos, dominarlos, negándoles su expresión carnal.

Al lado de la amiga incomparable, que

Comte va a endiosar, otra mujer merece un puesto en esta galería: es Sophie Bliaux, la humilde sirvienta de gran corazón, que con tanta frecuencia sirvió de mensajero entre Clotilde y Comte, y que rodeó a éste con los más tiernos y más discretos cuidados, prueba viviente de lo que puede el altruismo en una alma de proletaria.

¿Debemos decir que todas estas figuras de mujer que rodearon a Comte sucesivamente, fueron sus inspiradoras y que hasta en los giros de su filosofía siguió ora a la una o a la otra?

Lo que conservó de la tradición católica lo debió, sin duda, a la influencia imperiosa de su madre, de la que por lo menos recibió ese depósito. Es con su recuerdo que comulga cuando repite más tarde que, aun cuando se ha vuelto incrédulo, siente "en la paz de las catedrales una emoción de simpatía social."

En el período de emancipación, ¿puede decirse que hay armonía entre sus ideas y la personalidad de Carolina Massin? Ésta es inteligente, si no intelectual, y si continúa siendo sensual, poco sentimental, según parece, es capaz de comprender los cursos de filosofía positiva y de astronomía popular a que concurre. De ahí a decir que en este período, intelectual o científico, Comte obedeció a su influencia, siguió su inspiración, sólo media un paso que, por nuestra parte, no hemos de salvar. El poderoso cerebro del politécnico liberado no necesitaba para nada los impulsos de una mujer que más bien lo estorbó que estimuló en su trabajo de investigación.

Pero, respecto de Clotilde de Vaux, el problema es más delicado. Es en ella sobre todo en quien se piensa cuando, a propósito de Comte, se repite *cherchez la femme*. Pocas veces, en efecto, una personalidad femenina ha ejercido mayor influjo sobre un hombre de genio. El amor que ella le inspira se vuelve adoración fetichista. Literalmente no puede vivir sin ella. La mezcla a todos sus pensamientos, y cuando ella muere sigue viviendo en él, más obsesionante que nunca.

Ahora bien, ¿de qué la alaba, sobre todo en sus famosas oraciones? De haberle hecho comprender el precio del sentimiento que conduce a la religión.

"La excelencia del ser adorado permitió que mi madurez, mejor tratada que mi juventud, entrevistara en toda su plenitud la verdadera felicidad humana: vivir para los demás, esa es la verdadera felicidad y el verdadero deber. Para llegar a ser un perfecto filósofo me faltaba, sobre todo, una pasión, a la vez profunda y pura, que me hiciese apreciar lo bastante la parte afectiva de la naturaleza humana.

"Uno se cansa de pensar y de obrar... de amar no se cansa nunca"

¿Qué significa esto, sino que el amor de Clotilde fue para el sabio filósofo una revelación, una revelación que podía llevar a una conversión? Si después de 1845 escribe la *Política positiva* o el *Tratado*

de sociología instituyendo la religión de la Humanidad, en tono muy distinto que su *Curso de filosofía positiva*, ¿no es acaso porque la poetisa tísica pasó por allí? Con su perfume, el pobre enamorado, reducido a la castidad, se embriaga, y al respirarlo ve entreabrirse vías nuevas para la salvación de la humanidad. ¿No es acaso el sillón de Clotilde el primer objeto que se vuelve ante sus ojos motivo de culto? ¿No es acaso el recuerdo de Clotilde el que le enseña la oración?

Interpretación seductora para todo el que guste explicar la obra por la vida y los sistemas por las novelas. Confesemos sin embargo, que nos parece excesiva en este caso: otras fuerzas más poderosas inclinaban a Comte hacia la actitud adoptada después de 1845. El camino de San Pablo se abre entonces, como él mismo lo dice, después del camino de Aristóteles. Pero cuando desempeñaba su papel de Aristóteles, ¿no dejaba prever el pensador que llegaría el momento en que desempeñaría el de San Pablo? Vuélvanse a leer sus notables escritos de juventud en los años en que era colaborador de Saint-Simon, y se verá que ya entonces demuestra la necesi-

dad de un poder espiritual, que tiene conciencia de que está emprendiendo una obra de largo aliento, que debe ser una obra de reorganización práctica y social. De esta construcción es prefacio indispensable la filosofía de las ciencias, pero, en fin, sólo es un prefacio. Puso veinte años en escribirlo, haciendo pacientemente el recorrido de las ciencias: matemáticas, astronomía, física, química, biología, sociología. Pero siempre piensa en elaborar temas que sean "orgánicos" al mismo tiempo que "positivos"; deberán servir para asociar y regular actividades perturbadas por la anarquía metafísica, y deberán armonizar los sentimientos al mismo tiempo que las ideas. En este sentido, la religión de Auguste Comte no es un accidente: más bien es un fin. Y él también hubiera podido jactarse de haber realizado en la edad madura un pensamiento de la juventud.

El accidente, accidente feliz entre todos ante los ojos de Comte, es que en la misma hora en que va a pasar de la teoría a la práctica, y de la ciencia a la religión—a una religión fundada, por otra parte, en la ciencia—, interviene una mujer que le hace comprender con la más íntima de las experiencias, el precio supremo del amor. Y no cabe duda que ese año de alegrías y dolores incomparables deja las más profundas huellas en el alma del filósofo. No escribe después del paso del astro como escribía antes. El enamorado le concede al feticismo un sitio inesperado. Todo su catolicismo inicial es despertado, además, por esta prueba. Y transpone con minuciosidad las ceremonias gratas a su madre para obedecer a la que cree son sugerencias de su inmortal amante, que se convierte muy singularmente, ella, que no era ni virgen ni madre, en el prototipo de la Virgen-Madre que debe adorar la Humanidad.

De ahí proceden extravagancias cómicas o conmovedoras, según se las conside-

re. Ellas no deben hacernos olvidar la lógica interna de la obra de Auguste Comte. A un filósofo de su temple las mujeres pueden exaltarle el corazón, pero no son capaces por sí solas de hacer desviar su pensamiento.

C. Bougle

Paris, abril de 1931.

INDICE



15 libros que pueden interesarle:

Margarita Comas: <i>La coeducación de los sexos</i>	2-00
Faria de Vasconcellos: <i>Lecciones de Psicología y Pedagogía Experimental</i> , 1.ª parte. Traducción de Alberto A. Alves.	2-50
Salvador de Madariaga: <i>Arceval y los ingleses. Juicios póstumos sobre Inglaterra que escribió Julio Arceval</i>	3-50
Gabriela Mistral: <i>Desolación</i>	5-00
Federico Nietzsche: <i>Así hablaba Zaratustra. Un libro para todos y para nadie</i>	2-50
Andre Maurois: <i>La Conversación</i>	3-00
Edwin R. A. Seligman: <i>Cinco conferencias. Problemas básicos latino americanos</i>	2-00
E. Barriobero y Herrán: <i>Luciano de Samosata. Los Amores. El Banquete. Subasta de Filósofos. La Danza</i>	2-50
Antonio Médez Bolio: <i>El Libro de Chilambalam de Chumayel</i>	5-00
Carlos Marx: <i>El Capital</i>	2-50
Cecil Jane: <i>Libertad y Despotismo en la América Hispánica</i>	4-00
Paul Barth: <i>Los Estoicos</i>	5-75
Giner de los Ríos, Ellen Key, Pestalozzi, Bertrand Russell, Tagore, Tolstoi, etc. <i>Cómo debemos educar a nuestros hijos</i>	4-50
León Trotsky: <i>Cómo hicimos la Revolución de Octubre</i>	2-00
Benito Lynch: <i>Los Caranchos de la Florida. Novela</i>	4-00

Solicítelos al Adm. del Rep. Am.



LA SASTRERIA

LA COLOMBIANA
Fco. GOMEZ Z.

Avisa a su clientela que se trasladó al local frente al Siglo Nuevo, contiguo a la Iglesia del Carmen.

Gran surtido de los mejores casimires ingleses.

Teléfono 3238.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica